

INTRODUCCIÓN

MARCELLO MUSTO

I. PRIMEROS PASOS

El 28 de septiembre de 1864, la sala de St. Martin's Hall, en el corazón de Londres, estaba colmada con unos dos mil trabajadores. Estos habían venido a asistir a una reunión llamada por líderes sindicales ingleses y un pequeño grupo de obreros del continente: las noticias previas habían hablado de una «delegación organizada por los trabajadores de París», que «llevarían su respuesta al llamado de sus hermanos ingleses y presentarían un plan para un mejor entendimiento entre los pueblos»¹. De hecho, cuando varias organizaciones obreras francesas e inglesas se reunieron en Londres un año antes, en julio de 1863, para expresar su solidaridad con el pueblo polaco contra la ocupación zarista, también habían declarado lo que veían como los objetivos fundamentales para el movimiento obrero. El preparatorio *Discurso de los trabajadores ingleses a los trabajadores franceses*, redactado por el prominente dirigente sindical George Odger (1813-1877) y publicado en el bisemanario *The Bee-Hive*, declaraba:

Para la causa del movimiento obrero es altamente necesaria una fraternidad de pueblos, pues nos hemos dado cuenta de que cada vez que intentamos mejorar nuestra condición social reduciendo las horas de trabajo o aumentando el precio del trabajo, nuestros patrones nos amenazan con traer a franceses, alemanes, belgas y otros para que hagan nuestro trabajo con salarios reducidos, y lamentamos decir que esto ha sido hecho, aunque no por ningún deseo por parte de nuestros hermanos continentales para perjudicarnos, sino por la necesidad de

¹ David Rjazanov, «Zur Geschichte der Ersten Internationale», *Marx-Engels Archiv I*, Verlagsgesellschaft M. B. H., Fráncfort, 1926, p. 171.

una comunicación regular y sistemática entre las clases industriales de todos los países. Nuestro objetivo es elevar los salarios de los mal pagados hasta un nivel tan cercano como sea posible al de quienes están mejor remunerados, y no permitir a nuestros empleadores que nos enfrenten entre nosotros, y así nos arrastren a la condición más baja posible, adecuada a sus negociaciones codiciosas².

Los organizadores de esta iniciativa no imaginaron —ni podrían haber previsto— en qué podría convertirse poco tiempo después. Su idea era construir un foro internacional donde pudieran ser examinados y discutidos los principales problemas que afectaban a los trabajadores, pero esto no incluía la fundación real de una organización para coordinar la acción sindical y política de la clase obrera. En forma similar, su ideología estaba inicialmente permeada por elementos ético-humanitarios en general, como la importancia de la fraternidad entre los pueblos y la paz mundial, en lugar del conflicto de clase y los objetivos políticos claramente definidos. Debido a estas limitaciones, la reunión en St. Martin's Hall podría haber sido solo otra de esas iniciativas vagamente democráticas de aquella época que no dejaron ninguna influencia. Pero, en realidad, de allí nació el prototipo de todas las organizaciones del movimiento obrero, al que reformistas y revolucionarios tomarían como su punto de referencia: la Asociación Internacional de Trabajadores³.

Pronto estaba despertando pasiones por toda Europa. Hizo de la solidaridad de clase un ideal compartido e inspiró a gran

² *Ibid.*, p. 172. Publicado en *The Bee-Hive*, el 5 de diciembre de 1863. El texto íntegro es reproducido en el libro de Rjazanov, p. XX.

³ El 6 de julio de 1872, en una de las últimas semanas de vida del Consejo General de Londres, cuando consideraban para su aprobación al estatuto revisado de la organización (International Working Men's Association), algunos de sus miembros plantearon la cuestión de si debería sustituirse «hombres» por «personas». Friedrich Engels (1820-1895) respondió que «generalmente se entendía que [*working*]men (“hombres”) era un término genético que incluía a ambos sexos», aclarando que la asociación era, y había estado desde el inicio, abierta tanto a mujeres como a hombres, GC, V, p. 256.

cantidad de hombres y mujeres para luchar por el más radical de los objetivos: cambiar el mundo. De este modo, en la ocasión del III Congreso de la Internacional, que tuvo lugar en Bruselas en 1868, el principal columnista de *The Times* identificaba con precisión el alcance del proyecto:

No es [...] una simple mejora en lo que se piensa, sino nada menos que una regeneración, y no solamente de una nación, sino de la humanidad. Este es el objetivo más importante que jamás se haya considerado por parte de una institución, con la excepción, quizás, de la Iglesia cristiana. En resumen, este es el programa de la Asociación Internacional de Trabajadores⁴.

Gracias a la Internacional, el movimiento obrero pudo adquirir una comprensión más clara de los mecanismos del modo de producción capitalista, ser más consciente de su propia fuerza y desarrollar nuevas y más avanzadas formas de lucha. La organización resonó mucho más allá de las fronteras de Europa, generando la esperanza de que era posible un mundo diferente entre los artesanos de Buenos Aires, las primeras asociaciones obreras en Calcuta e incluso los grupos obreros en Australia y Nueva Zelanda, que solicitaron unirse a ella.

Por otra parte, las noticias de su fundación inspiraron horror a las clases dominantes. La idea de que los obreros también querían jugar un papel activo en la historia produjo escalofríos, muchos gobiernos pusieron en la mira la erradicación de la Internacional y la acosaron con todos los medios a su alcance.

II. EL HOMBRE INDICADO EN EL LUGAR INDICADO

Las organizaciones obreras que fundaron la Internacional eran un grupo heterogéneo. La principal fuerza dirigente era el sindicalismo inglés, cuyos dirigentes —casi todos con concepciones

⁴ Citado en G. M. Stekloff, *History of the First International*, Russell & Russell, Nueva York, 1968 [1928], p. II.

reformistas— se interesaban principalmente en cuestiones económicas; luchaban para mejorar las condiciones de los obreros, pero sin cuestionar al capitalismo. Por lo tanto, concebían a la Internacional como un instrumento que favorecería sus objetivos, impidiendo la importación de mano de obra desde el extranjero en caso de huelgas.

Otra fuerza significativa en la organización eran los mutualistas, ampliamente dominantes en Francia, pero también fuertes en Bélgica y en la Suiza francófona. De acuerdo con las teorías de Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), se oponían a toda participación de la clase obrera en la política y a la huelga como un arma de lucha, así como mantenían posiciones conservadoras sobre la emancipación femenina. Defendían un sistema cooperativo según lineamientos federalistas y afirmaban que era posible cambiar el capitalismo mediante un acceso igualitario al crédito. Por consiguiente, se podría decir que constituían el ala derecha de la Internacional.

Junto a estos dos componentes, que formaban la mayoría numérica, había otros de diferentes matices. El tercer grupo en importancia eran los comunistas, agrupados alrededor de la figura de Karl Marx (1818-1883), quienes actuaban en pequeños círculos de muy limitada influencia —en pocas ciudades alemanas y suizas y en Londres—. Eran anticapitalistas; o sea, se oponían al sistema de producción existente y propugnaban la necesidad de una acción política para derrocarlo.

En la época de su fundación, las filas de la Internacional también incluían elementos que no tenían nada que ver con la tradición socialista, tales como ciertos grupos de exiliados de Europa oriental, inspirados por ideas vagamente democráticas. Entre ellos estaban los seguidores de Giuseppe Mazzini (1805-1872), cuyas concepciones policlasistas, principalmente orientadas hacia las demandas nacionales, consideraban útil a la Internacional para hacer llamamientos para la liberación de los pueblos oprimidos⁵.

⁵ Entre sus primeros miembros, incluso había algunos que formaban parte de sociedades secretas, como la Logia de Filadelfia. Véanse Boris

Para completar el cuadro de la organización, el equilibrio se hacía aún más complejo, por el hecho de que algunos grupos de trabajadores franceses, belgas y suizos que se habían unido a la Internacional traían consigo una variedad de teorías confusas, algunas de inspiración utópica; mientras que la Asociación General de Obreros Alemanes —el partido dirigido por seguidores de Ferdinand Lasalle (1825-1864), que nunca se afilió a la Internacional, pero orbitaba a su alrededor— era hostil al sindicalismo y concebía la acción política en términos estrictamente nacionales.

Todos estos grupos, con su compleja red de culturas y experiencias políticas y sindicales, dejaron su impronta en la incipiente Internacional. Por cierto, era una ardua tarea construir un entramado general y mantener unida a una organización tan amplia, aunque solo fuera sobre una base federal. Además, aún después de que se acordó un programa común, cada tendencia continuó ejerciendo una influencia (a veces centrífuga) en las secciones locales donde era mayoritaria.

Afianzar una coexistencia pacífica de todas estas corrientes en la misma organización, alrededor de un programa tan distante de los enfoques con los que cada uno se había iniciado, fue el gran logro de Marx. Sus talentos políticos le permitieron conciliar lo aparentemente inconciliable y hacer que la Internacional no siguiera rápidamente el camino hacia el olvido, que habían recorrido muchas asociaciones obreras anteriores⁶. Fue Marx quien le dio un objetivo claro a la Internacional y también quien pudo elaborar un programa político no excluyente, pero firmemente sustentado en una base clasista que le dio un carácter masivo, más allá de todo sectarismo. El alma política de su Consejo General siempre fue Marx: él redactó sus principales resoluciones y preparó todos sus

Nicolaevsky, «Secret Societies and the First International», en Milorad Drachkovitch (comp.), *The Revolutionary Internationals, 1864-1943*, Stanford University Press, Stanford, 1966, pp. 36-56; y Julian P. W. Archer, *The First International in France, 1864-1872*, University Press of America, Lanham (MD), 1997, pp. 33-35.

⁶ Cf. Henry Collins y Chimen Abramsky, *Karl Marx and the British Labour Movement*, Macmillan, Londres, 1965, p. 34.

informes para los congresos (excepto el del Congreso de Lausana en 1867, cuando estaba totalmente ocupado con las pruebas de imprenta de *El capital*). Era «el hombre indicado en el lugar indicado»⁷, como dijera una vez el líder obrero alemán, Johann Georg Eccarius (1818-1889).

Contradiendo las fantasías posteriores, que describían a Marx como el fundador de la Internacional, hay que decir que él ni siquiera estuvo entre los organizadores de la reunión en St. Martin's Hall. Estuvo presente «como una figura muda en el escenario»⁸, según le recordó en una carta a su amigo Engels. Pero inmediatamente comprendió el potencial en ese evento y trabajó duro para conseguir que la nueva organización llevara a cabo su misión. Gracias al prestigio de su nombre, al menos en círculos reducidos, fue nombrado para el Comité Permanente de treinta y cuatro miembros⁹, donde pronto ganó la suficiente confianza para que se le asignara la tarea de escribir el *Discurso inaugural* y los *Estatutos provisionales* de la Internacional. En estos textos fundamentales, como en muchos otros que siguieron, Marx se basó en las mejores ideas de los distintos componentes de la Internacional, mientras que, al mismo tiempo, eliminó inclinaciones corporativas y matices sectarios. Vinculó en forma firme las luchas económicas y políticas entre sí, e hizo del pensamiento internacional y la acción internacional una decisión irreversible¹⁰.

⁷ Johann Georg Eccarius a Karl Marx, 12 de octubre de 1864, en *Marx-Engels-Gesamtausgabe*, vol. III/13, Akademie, Berlín, 2002, p. 11.

⁸ K. Marx a Friedrich Engels, 4 de noviembre de 1864, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondencia*, Cartago, Buenos Aires, 1987, p. 139.

⁹ En la reunión fundacional de la Internacional fue constituido un Comité Directivo Provisorio para organizar la asociación. En 1865, el término fue sustituido por el nombre de Consejo Central, que posteriormente se hizo conocido como el Consejo General. En lo sucesivo, a estos comités se los identifican simplemente como el Consejo General.

¹⁰ Véase Gian M. Bravo, *Marx e la Prima Internazionale*, Laterza, Bari, 1979, pp. 18-19.

Es, principalmente, gracias a la capacidad de Marx que la Internacional desarrolló su función de síntesis política, unificando los deferentes contextos nacionales en un proyecto de lucha común que reconocía su importante autonomía, pero no una total independencia respecto del centro directivo. El esfuerzo para mantener unida, una y otra vez, a la organización, fue extenuante para Marx, ante todo si se considera que el anticapitalismo de Marx nunca fue la posición política dominante en la organización¹¹.

Con el tiempo, sin embargo, parcialmente mediante su tenacidad, parcialmente mediante escisiones esporádicas, el pensamiento de Marx pasó a ser la doctrina hegemónica¹². Fue difícil, pero el esfuerzo de la elaboración política se benefició considerablemente de las luchas de esos años. El carácter de las movilizaciones obreras, el desafío antisistémico de la Comuna de París, la tarea sin precedentes de mantener unida una organización tan grande y compleja, las sucesivas polémicas con otras tendencias en el movimiento obrero sobre distintas cuestiones teóricas y políticas; todo esto impulsó a Marx a ir más allá de los límites de la economía política, que había absorbido tanto de su atención desde la derrota de la revolución de 1848 y el reflujo de las fuerzas más progresivas. También fue estimulado a desarrollar, y a veces revisar, sus ideas, poner viejas certezas en discusión y formularse nuevas preguntas, y en particular aguzar su crítica del capitalismo, esbozando los grandes lineamientos de una sociedad comunista. La ortodoxa visión soviética del papel de

¹¹ Véase K. Marx a Friedrich Bolte, 23 de noviembre de 1871 (MECW, vol. 44, p. 252), donde explicó: «la historia de la Internacional fue una continua lucha por parte del Consejo General contra las sectas y experimentos *amateurs* que intentaron de afirmarse en el interior de la Internacional misma contra el movimiento genuino de la clase obrera. Esta lucha fue dirigida en los congresos, pero mucho más en las relaciones privadas del Consejo General con las secciones individuales».

¹² Véase G. M. Bravo, *op. cit.*, p. 165.

Marx en la Internacional, de acuerdo con la cual él aplicaba mecánicamente al escenario de la historia una teoría política que ya había forjado en los límites de su estudio, está totalmente divorciada de la realidad¹³.

III. MEMBRESÍA Y ESTRUCTURA

Durante su vida y en las décadas siguientes, a la Internacional se la describió como una vasta organización financieramente poderosa. La medida de su membresía siempre era sobreestimada, ya sea debido al conocimiento imperfecto o debido a que algunos de sus dirigentes exageraban la verdadera situación o porque sus oponentes buscaban un pretexto para justificar una represión brutal. El fiscal general que procesó a algunos de sus dirigentes franceses, en junio de 1870, afirmaba que la organización tenía más de ochocientos mil miembros en Europa¹⁴; un año más tarde, luego de la derrota de la Comuna de París, *The Times* calculaba el total en dos millones y medio; y Oscar Testut (1840-desc.), el principal autor en estudiarlo desde el campo conservador, predecía que crecería a más de cinco millones¹⁵.

En realidad, las cifras de afiliados eran mucho más bajas. Siempre ha sido difícil llegar a estimaciones aproximadas y eso era cierto tanto para sus propios dirigentes como para sus estudiosos¹⁶. Pero el actual estado de su investigación permite lanzar

¹³ Cf. Maximilien Rubel, *Marx critique du marxisme* (Payot, París, 1974, p. 41): «solo las necesidades de la mitología —si no la mistificación— podría inducirlos ver en este [programa político] la consecuencia del “marxismo”, eso es, una doctrina completamente realizada, impuesta desde el exterior por un cerebro omnisciente sobre una masa amorfa e inerte de hombres en búsqueda de una panacea social».

¹⁴ Véase Oscar Testut, *L'Association Internationale des Travailleurs*, Aimé Vingtrinier, Lyon, 1870, p. 310.

¹⁵ *The Times*, 5 de junio de 1871; Oscar Testut, *Le livre bleu de l'Internationale*, Lachaud, París, 1871.

¹⁶ Sobre esta cuestión, Marx declaró en una reunión del Consejo General, el 20 de diciembre de 1870: «respecto a la lista de miembros, no estaría bien publicar cuál era la fuerza verdadera, pues el público exterior siempre

la hipótesis de que, en su pico más alto, en 1871-1872, el cómputo llegaba a más de ciento cincuenta mil; de los cuales, había cincuenta mil en Inglaterra, más de treinta mil en Francia y Bélgica, seis mil en Suiza, alrededor de treinta mil en España, cerca de veinticinco mil en Italia, más de diez mil en Alemania (pero, en su mayoría, miembros del Partido Obrero Social Democrático [Sozialdemokratische Arbeiterpartei Deutschlands]), más unos pocos miles en cada uno de otros varios países europeos y cuatro mil en los Estados Unidos¹⁷.

En esa época, cuando había escasez de organizaciones obreras efectivas, además de los sindicatos ingleses y la Asociación General de Obreros Alemanes, esas cifras eran considerables. También se debería tener en cuenta que, a lo largo de su existencia, la Internacional era reconocida como una organización legal solamente en Inglaterra, Suiza, Bélgica y los Estados Unidos. En otros países donde tenía una presencia sólida (Francia España, Italia), estuvo en los márgenes de la legalidad por años y sus miembros eran sometidos a persecuciones. Unirse a la Internacional significaba infringir la ley en los treinta y nueve Estados de la Confederación Alemana, y los pocos miembros del Imperio austrohúngaro se veían forzados a operar en forma clandestina. Sin embargo, la Asociación tenía una notable capacidad para unir a sus componentes en un conjunto aglutinante. Un par de años después de su nacimiento, había logrado federar a cientos de sociedades obreras; desde fines de 1868, gracias a la propaganda dirigida por los seguidores de Mijaíl Bakunin (1814-1876), otras sociedades se agregaron en España, y luego de la Comuna de París florecieron también secciones en Italia, Holanda, Dinamarca y Portugal. El desarrollo de la Internacional era, sin dudas, desigual: aunque estaba creciendo en algunos países, en otros seguía estando a un nivel bajo o caía bajo los golpes de la repre-

pensó que los miembros activos son mucho más numerosos que lo que en realidad son» (GC, IV, p. 96).

¹⁷ Para más información, véase la tabla sobre la membresía de la Internacional en el Apéndice (*infra*, p. 138).

sión. Sin embargo, prevalecía un fuerte sentido de pertenencia entre quienes se incorporaban a la Internacional, aunque fuera por un corto tiempo. Cuando el ciclo de luchas en las que habían tomado parte llegó a su fin y la adversidad y las dificultades personales los forzaron a tomar distancia, ellos retenían los lazos de solidaridad de clase y respondían lo mejor que podían al llamado a una movilización, a las palabras en un cartel o al despliegue de la bandera roja de la lucha, en nombre de una organización que los había defendido cuando la necesitaban¹⁸.

Sin embargo, los miembros de la Internacional comprendían solo una pequeña parte de la fuerza obrera total. En París nunca sumaron más de diez mil y en otras capitales como Roma, Viena o Berlín, ciertamente, eran *rara avis*. La calificación de los obreros que se adhirieron a la Internacional fue otra prueba evidente de sus límites. Se suponía que era la organización de todos los trabajadores asalariados, pero muy pocos en realidad se hicieron miembros; el principal influjo provenía de los obreros de la construcción en Inglaterra, obreros textiles en Bélgica y diversos tipos de artesanos en Francia y Suiza.

En Inglaterra, con la única excepción de los obreros metalúrgicos, la Internacional siempre tuvo una presencia escasa entre el proletariado industrial¹⁹. Este no se convirtió nunca en la mayoría de la Internacional, mucho menos luego de la expansión de la organización en el sur de Europa. La otra gran limitación fue no haber podido captar a los trabajadores no calificados²⁰, a pesar de los esfuerzos en esa dirección, comenzando con el período previo al Primer Congreso.

¹⁸ Véase Julius Braunthal, *History of the International*, Nelson, Nueva York, 1966 [1961], p. 116.

¹⁹ Véanse H. Collins y Ch. Abramsky, *op. cit.*, p. 70; y Jacques D'Hondt, «Rapport de synthèse», en *Colloque International sur La Première Internationale. La Première Internationale: l'institute, l'implantation, le rayonnement*, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1968, p. 475.

²⁰ Véase H. Collins y Ch. Abramsky, *op. cit.*, p. 289.

Las Instrucciones para delegados del Consejo General Provisional. Las diferentes cuestiones, son claras al respecto:

Además de sus propósitos originales, los sindicatos de oficio deben aprender ahora a actuar conscientemente como centros organizadores de la clase obrera, atentos al gran interés de su total emancipación. Deben apoyar a todo movimiento social y político orientado en esta dirección. Si se consideran como paladines y representantes de toda la clase obrera y actúan en consonancia con ello, lograrán incorporar en sus filas a quienes se mantienen aún fuera de ellas. Deberán velar celosamente por los intereses de los trabajadores peor pagados; por ejemplo, los trabajadores agrícolas, a quienes circunstancias especialmente desfavorables condenan a la impotencia. Deberán llevar al mundo entero al convencimiento de que sus aspiraciones, lejos de ser estrechas y egoístas, van dirigidas a la emancipación de los millones de oprimidos²¹.

Sin embargo, en Inglaterra tampoco entraban en tropel a la Internacional los trabajadores no calificados; la excepción eran los excavadores. La gran mayoría de los miembros provenían de las sastrerías, las industrias textiles y de calzado y las carpinterías. Es decir, de sectores de la clase obrera que eran entonces los mejor organizados y con más conciencia de clase. Finalmente, la Internacional siguió siendo una organización de trabajadores empleados, los desocupados nunca fueron parte de ella. El origen de sus líderes reflejaba esto, dado que unos pocos tenían un historial como artesanos o trabajadores intelectuales.

Es igualmente complicado disponer de información sobre los recursos de la Internacional. Se hablaba de una fabulosa riqueza a su disposición²², pero la verdad es que sus finanzas eran crónicamente

²¹ Documento 2 [Resoluciones del Congreso de Ginebra, 1866], véase *infra*, p. 163.

²² En su diario, *Tagebuchblätter aus dem Jahre 1867 bis 1869* (Von Hirzel, Leipzig, 1901, vol. VIII, p. 406), el general Friedrich von Bernhardt informaba, «de fuentes fidedignas», que un fondo de más de 5 000 000 de libras esterlinas estaba depositado en Londres para uso de la Internacional. Véase J. Braunthal, *op. cit.*, p. 107.

inestables. La cuota de afiliación individual era de un chelín, aunque se suponía que los sindicatos contribuían tres peniques por cada uno de sus miembros. Sin embargo, en muchos países las suscripciones individuales eran pocas y poco frecuentes, y en Inglaterra las contribuciones de los sindicatos eran tan poco fiables y tan a menudo disminuidas que el Consejo General tuvo que aceptar la realidad y dejar que pagaran cuando podían. Las sumas recaudadas nunca eran más que unas pocas veintenas de libras por año²³, que apenas alcanzaba para pagar el salario del secretario general, de cuatro chelines por semana, y el alquiler de una oficina, por la cual la organización a menudo recibía amenazas de desalojo por atrasos en el pago del mismo.

En uno de los documentos político-organizativos más importantes de la Internacional, Marx resumió sus funciones como sigue: «Es misión de la Asociación Internacional de Trabajadores unificar y generalizar los *movimientos espontáneos* de la clase obrera, pero no dictarle o imponerle algún sistema doctrinario»²⁴.

A pesar de la considerable autonomía que se aseguraba a las federaciones y a las secciones locales, la Internacional siempre re-

²³ Véase, *ibid.*, p. 108, quien afirma que entre sus papeles no se ha hallado ninguna declaración completa del ingreso anual del Consejo General. Pero se ha encontrado un informe del tesorero, Cowell Stepney, informando del ingreso del Consejo General por parte de suscripciones de miembros individuales durante los primeros seis años, esto es, no de quienes adhirieron a través de las organizaciones colectivas. Las cifras eran: 1865: 23 libras; 1866: 9 libras, 13 chelines; 1867: 5 libras, 17 chelines; 1868: 14 libras, 14 chelines; 1869: 30 libras, 12 chelines; 1870: 14 libras, 14 chelines. El último informe financiero presentado por Engels al Congreso de La Haya, por los años 1870-1872, mostraba un déficit de más de 25 libras hacia los miembros del mismo Consejo. También se han publicado copias de algunos balances de la Internacional en H. Collins y Ch. Abramsky, *op. cit.*, pp. 80-81.

²⁴ Documento 2, véase *infra*, p. 160. Véase K. Marx a Paul Lafargue, 18 de abril de 1870 (MECW, vol. 43, p. 49): «El Consejo General no era el papa, que nosotros permitíamos a todas las secciones a tener sus propios puntos de vista teóricos del movimiento real, siempre sobre el supuesto de que no se formulaba nada que fuera directamente opuesto a nuestras normas».

tenía un centro de dirección política. Su Consejo General era la institución que elaboraba una síntesis unificadora de las distintas tendencias y publicaba las directrices para la organización de conjunto. Desde octubre de 1864 hasta agosto de 1872, se reunió con gran regularidad; en total, trecientas ochenta y cinco veces. En la habitación llena de humo de pipa y cigarros, donde el Consejo General tuvo sus sesiones los miércoles en la tarde, sus miembros debatían una amplia variedad de cuestiones, tales como las condiciones laborales, los efectos de las nuevas maquinarias, el apoyo a huelgas, el papel y la importancia de los sindicatos, la cuestión irlandesa, distintos temas de política internacional, y, por supuesto, cómo construir la sociedad del futuro. El Consejo General también era responsable de redactar los documentos de la Internacional: circulares, cartas y resolución para los propósitos del momento; manifiestos, discursos y llamamientos en determinadas circunstancias²⁵.

IV. LA FORMACIÓN DE LA INTERNACIONAL

La falta de sincronía entre las encrucijadas organizativas fundamentales y los principales sucesos políticos en la vida de la Internacional torna difícil reconstruir su historia en una secuencia cronológica. En relación a la organización, las principales etapas fueron: I) el nacimiento de la Internacional (1864-1866), desde su fundación hasta el Primer Congreso (Ginebra, 1866); II) el período de expansión (1866-1870); III) el ascenso revolucionario y la represión que siguió a la Comuna de París (1871- 1872); y IV) la división y la crisis (1872-1877). Sin embargo, desde el punto de vista de la lucha política, las principales etapas fueron: I) el debate inicial entre sus distintos componentes y el asentamiento de sus bases teóricas (1864-1865); II) la lucha por la hegemonía entre colectivistas y autonomistas (1870-1877); y III) la confrontación entre centralistas y autonomistas (1870-1877). Los siguientes párrafos cubrirán los aspectos organizativos y teóricos.

²⁵ Véase Georges Haupt, *L'Internazionale socialista dalla Comune a Lenin*, Einaudi, Turín, 1978, p. 78.

Inglaterra fue el primer país donde se presentaron solicitudes para incorporarse a la Internacional; la Sociedad Operativa de Albañiles (Operative of Bricklayer's Society), con cuatro mil miembros, se afilió en febrero de 1865 y pronto sería seguida por asociaciones de trabajadores de la construcción y la industria del calzado. En los primeros años de su existencia, el Consejo General comenzó una seria actividad para publicitar los principios de la Asociación. Esto ayudó a ampliar su horizonte, más allá de las cuestiones puramente económicas, como podemos ver, por el hecho de que estaba entre las organizaciones que pertenecían a la Reform League, fundada en febrero de 1865.

En Francia, la Internacional comenzó a tomar forma en enero de 1865, cuando se fundó en París su primera sección. Otros importantes centros aparecieron poco después en Lyon y Caen. Pero siguió siendo muy limitada en su fuerza, incapaz de aumentar su base en la capital francesa y, durante este período, muchas otras organizaciones obreras la excedían en tamaño; la Asociación tenía poca influencia ideológica y la relación de fuerzas, así como su propia carencia de resolución política, hicieron imposible, incluso, establecer una federación nacional. No obstante, los seguidores franceses de la Internacional, que eran en su mayoría seguidores de las teorías mutualistas de Proudhon, se establecieron como el segundo mayor grupo en la primera conferencia de la organización, que tuvo lugar en Londres entre el 25 y el 29 de septiembre, a la que asistieron treinta delegados de Inglaterra, Francia, Suiza y Bélgica, con unos pocos representantes de Alemania, Polonia e Italia. Cada uno de estos presentó información sobre los primeros pasos tomados por la Internacional, especialmente a nivel organizativo. Esta conferencia decidió llamar al Primer Congreso general para el año siguiente y estableció los primeros temas a ser discutidos allí.

En el período entre estos dos encuentros, la Internacional continuó expandiéndose en Europa y estableció su primer núcleo importante en Bélgica y en la Suiza francófona. Las «leyes prusianas sobre las asociaciones»

[*Kombinationsgesetze*], que impedían a las asociaciones políticas alemanas tener contactos regulares con organizaciones en otros países, determinaron que la Internacional no pudiera abrir secciones en lo que entonces era la Confederación Alemana. La Asociación General de Obreros Alemanes (*Allgemeine Deutsche Arbeiterverein*), con cinco mil miembros —el primer partido obrero en la historia, fundado en 1863 y dirigido por el discípulo de Lassalle, Johann Baptist von Schweitzer (1833-1875)—, siguió una línea dialoguista ambivalente con Otto von Bismarck (1815-1898), y mostró poco o ningún interés en la Internacional durante los primeros años de su existencia; era una indiferencia compartida por Wilhelm Liebknecht (1826-1890), a pesar de su cercanía política con Marx. Johann Philipp Becker (1809-1886), uno de los principales líderes de la Internacional en Suiza, trató de encontrar una manera de sortear estas dificultades mediante el «grupo de secciones germanoparlantes», con base en Ginebra, y por un largo tiempo fue el único organizador de los primeros núcleos internacionalistas en la Confederación Alemana.

Estos progresos fueron muy favorecidos por la difusión de periódicos que simpatizaban con las ideas de la Internacional o eran verdaderos órganos del Consejo General. Ambas clases de publicaciones contribuyeron al desarrollo de la conciencia de clase y la rápida circulación de noticias relativas a la actividad de la Internacional. Entre los que aparecieron en los primeros años de su existencia, se debe mencionar especialmente el semanario *The Bee-Hive* [*La Colmena*] y *The Miner and Workman's Advocate* (más tarde, *The Workman's Advocate* y luego *The Commonwealth*, ambos publicados en Londres); el semanario en francés *Le Courrier International*, también publicado en Londres; *La Tribune du Peuple*, el órgano oficial de la Internacional en Bélgica, desde agosto de 1865; el *Journal de l'Association Internationale des Travailleurs*, el órgano de la sección en la Suiza francófona; *Le Courrier Français*, un semanario proudhoniano publicado en París; y *Der Vorbote*, de Becker, en Ginebra²⁶.

²⁶ Para una evaluación más completa de los muchos periódicos de la Internacional o simpatizantes, véase Giuseppe del Bo (ed.), *Répertorie*

La actividad del Consejo General en Londres fue decisiva para el ulterior fortalecimiento de la Internacional. En la primavera de 1866, con su apoyo a los huelguistas de los Sastres Unidos de Londres (London Amalgamated Tailors), jugó un papel activo por primera vez en una lucha obrera y, luego del éxito de la huelga, cinco sociedades de sastres, cada una de las cuales sumaba unos quinientos trabajadores, decidieron afiliarse a la Internacional. El resultado positivo de otras disputas atrajo a una cantidad de pequeños sindicatos, de modo que, para la fecha de su Primer Congreso, ya tenía diecisiete sindicatos afiliados, con un total de más de veinticinco mil nuevos miembros. La Internacional fue la primera asociación en triunfar en la tarea nada simple de reclutar organizaciones sindicales para sus filas²⁷.

Entre el 3 y el 8 de septiembre de 1866, en la ciudad de Ginebra, se celebró el Primer Congreso de la Internacional, con sesenta delegados de Inglaterra, Francia, Alemania y Suiza. Para entonces, la Asociación podía mostrar un balance muy favorable de los dos años desde su fundación, habiendo desfilado tras su bandera más de cien sindicatos y organizaciones políticas. Quienes tomaban parte en el congreso se dividían fundamentalmente en dos bloques. El primero, que agrupaba a los delegados ingleses, los pocos alemanes y una mayoría de los suizos, seguía las directivas del Consejo General elaboradas por Marx (quien no estaba presente en Ginebra). El segundo, que comprendía a los delegados franceses y algunos de los suizos francófonos, estaba formado por mutualistas. De hecho, en esa época, en la Internacional prevalecían las posiciones moderadas; y los mutualistas, dirigidos por el parisiense Henri Tolain (1828-1897), imaginaban una sociedad en la que el trabajador fuera al mismo tiempo productor, capitalista y consumidor. Consideraban la concesión de créditos gratuitos como una medida decisiva para la transformación de la socie-

international des sources pour l'étude des mouvement sociaux aux XIX^e et XX^e siècles. La Première Internationale. Vol. I: Periodiqués 1864-1877, Armand Colin, París, 1958.

²⁷ H. Collins y Ch. Abramsky, *op. cit.*, p. 65.

dad; consideraban que el trabajo femenino era objetable desde un punto de vista ético y social, y se oponían a toda interferencia por parte del Estado en las condiciones laborales (incluyendo la legislación para reducir la jornada laboral a ocho horas), sobre la base de que amenazaría la relación privada entre obreros y empleadores, y fortalecería el sistema en vigor.

Basándose en resoluciones preparadas por Marx, los dirigentes del Consejo General lograron marginar al contingente numéricamente fuerte de mutualistas en el congreso y obtuvieron los votos a favor de la intervención estatal. Sobre la otra cuestión, en la sección de *Instrucciones para los delegados del Consejo General Provisional*, relacionada con el «trabajo juvenil e infantil (de ambos sexos)», Marx había explicado la cuestión claramente:

Esto solo puede realizarse convirtiendo la razón social en fuerza social y, en circunstancias dadas, no existe otro método de hacerlo que a través de leyes generales, impuestas por el poder del Estado. Con la imposición de tales leyes, la clase obrera no fortalece en modo alguno el poder del Gobierno. Por el contrario, convierte ese poder, empleado ahora en su contra, en su propio servidor. Logra, por medio de una ley general, lo que en vano trataría de conseguir mediante una pluralidad de esfuerzos individuales aislados²⁸.

De este modo, lejos de fortalecer a la sociedad burguesa (como Proudhon y sus seguidores creían erróneamente), estas demandas reformistas eran un punto de partida indispensable para la emancipación de la clase obrera.

Además, las *Instrucciones* que Marx escribió para el Congreso de Ginebra subrayaban la función básica de los sindicatos, contra la cual se habían posicionado no solo los mutualistas, sino también contra ciertos seguidores de Robert Owen (1771-1858) en Inglaterra y de Lassalle en Alemania²⁹:

²⁸ Documento 2, *infra*, p. 159.

²⁹ Ferdinand Lassalle propugnaba el concepto de la «ley de hierro de los

Esta actividad de los sindicatos no solo es legítima, es necesaria. No se la puede suprimir mientras perdure el actual sistema de producción. Por el contrario, debe ser generalizada por la formación y la asociación de los sindicatos de todos los países. Por el otro lado, inconscientemente, los sindicatos estaban formando *centros de organización* de la clase obrera, como las municipalidades y las comunas medievales lo hicieron para la clase media. Si se necesitan los sindicatos para las peleas de guerrilla entre el capital y el trabajo, son aún más importantes como *agencias organizadas para la supresión del propio sistema del trabajo asalariado y el dominio del capital*.

En el mismo documento, Marx no escatimó su crítica a los sindicatos existentes. Pues ellos:

Hasta ahora [los sindicatos de oficio] se han ocupado exclusivamente de la lucha local y directa contra el capital y aún no han comprendido plenamente qué fuerza representan en la lucha contra el sistema de la esclavitud asalariada. Por eso se han mantenido demasiado alejados de los movimientos generales sociales y políticos³⁰.

Él había afirmado exactamente lo mismo un año antes, en un discurso al Consejo General el 20 y el 27 de junio, que fue publicado póstumamente como *Salario, precio y ganancia*:

La clase obrera no debe exagerar ante sus propios ojos el resultado final de estas luchas cotidianas. No debe olvidar que lucha contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos, que lo que hace es contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección; que aplica paliativos, pero no cura la enfermedad. No debe, por tanto, entregarse por entero a esta inevitable guerra de guerrillas, continuamente provocada por los

salarios», que afirmaba que los esfuerzos por aumentar eran fútiles y una distracción para los trabajadores, de la tarea primordial de asumir el poder político en el Estado.

³⁰ Documento 2, véase *infra*, p. 163.

abusos incesantes del capital o por las fluctuaciones del mercado. Debe comprender que el sistema actual, incluso con todas las miserias que vuelca sobre ella, engendra simultáneamente las *condiciones materiales* y las *formas sociales* necesarias para la reconstrucción económica de la sociedad. En vez del lema *conservador* de «¡*Un salario justo por una jornada justa!*», deberá inscribir en su bandera esta consigna revolucionaria: «¡*Abolición del sistema del trabajo asalariado!*»³¹.

V. FUERZA CRECIENTE

Desde fines de 1866, las huelgas se intensifican en muchos países europeos. Organizadas por amplias masas de obreros, ayudaron a generar una conciencia de su condición y formaron el núcleo de una nueva e importante ola de luchas.

Aunque algunos gobiernos de la época culparon a la Internacional por los disturbios, la mayoría de los trabajadores en cuestión ni siquiera sabían de su existencia; la causa fundamental de sus protestas era las pésimas condiciones de trabajo y de vida que se veían forzados a sufrir. Sin embargo, las movilizaciones marcaron el inicio de un período de contacto y coordinación con la Internacional, que los apoyaba con declaraciones y llamamientos a la solidaridad, organizaba colectas para los huelguistas y ayudaba a combatir los intentos de los patrones para debilitar la resistencia obrera.

Fue debido a su papel práctico en este período que los obreros comenzaron a reconocer a la Internacional como una orga-

³¹ Véase documento 12 [La necesidad y los límites de la lucha sindical], *infra*, p. 214. Por el otro lado, la necesidad de diferenciar entre organización política y organización sindical siempre estuvo clara para Marx. En septiembre de 1869, dijo en una entrevista con el sindicalista alemán Johann Hamann, publicada en el *Volksstaat*, n.º. 17, del 27 de noviembre de 1869: «los sindicatos no deberían jamás afiliarse o depender de una sociedad política si quieren cumplir el objetivo para el cual fueron formados. Si sucede esto, significa su golpe mortal. Los sindicatos son las escuelas del socialismo».

nización que defendía sus intereses y, en algunos casos, pidieron afiliarse a ella³². La primera lucha importante que se ganó fue la huelga de los obreros parisinos del bronce, de febrero a marzo de 1867. También fueron exitosas las huelgas de los metalúrgicos de febrero de 1867 en Marchienne, la larga disputa en la cuenca minera provenzal, entre abril de 1867 y febrero de 1868, la huelga de los mineros de Charleroi y la huelga de la construcción de Ginebra, en la primavera 1868. El escenario era el mismo en cada uno de esos acontecimientos: los trabajadores de otros países recaudaban fondos en apoyo a los huelguistas y acordaban con estos no aceptar un trabajo que los habría degradado a la condición de mercenarios. Fueron estos los factores que forzaron a los patrones a conceder muchas de las demandas de los huelguistas. En las ciudades que eran los centros de la acción, la Internacional reclutó a cientos de nuevos miembros. Como observó posteriormente, en un informe del Consejo General: «No es la Asociación Internacional de los Trabajadores la que impulsa a la gente a las huelgas, sino las huelgas las que arrojan a los obreros a los brazos de la Asociación Internacional de los Trabajadores»³³.

De este modo, con todas las dificultades relacionadas con la diversidad de nacionalidades, idiomas y culturas políticas, la Internacional pudo lograr unidad y coordinación a través de una amplia gama de organizaciones y luchas espontáneas. Su mayor mérito fue demostrar la necesidad absoluta de la solidaridad de clase y la cooperación internacional, yendo decisivamente más allá del carácter parcial de los objetivos y estrategias iniciales.

Desde 1867 en adelante, fortalecida por el éxito en lograr estos objetivos, por el crecimiento en afiliados y por una organización más eficiente, la Internacional hizo progresos por toda la Europa continental. Fue un año clave, particularmente en Francia, donde

³² Véase Jacques Freymond, «Introduction», en PI, I, p. XI.

³³ VV. AA., «Report of the [French] General Council», 1.º de septiembre de 1869, en PI, II, p. 24.

la huelga de los obreros del bronce tuvo el mismo efecto en cadena que la que había producido la huelga de los sastres en Inglaterra. La cantidad de miembros se acercó a mil en París y pasaron la marca de quinientos en Lyon y Viena. Se establecieron siete nuevas secciones, incluyendo una en Argelia, en las costas sureñas del Mediterráneo (que, sin embargo, constaba solamente de obreros franceses). Bélgica también tuvo un aumento en las afiliaciones luego de las huelgas, como lo tuvo Suiza, donde ligas, cooperativas y sociedades políticas obreras solicitaron ingresar. La Internacional tuvo entonces veinticinco secciones solo en Ginebra, incluyendo una sección germanoparlante, que sirvió como base para la propaganda entre los obreros de la Confederación Alemana.

Pero Inglaterra era todavía el país donde la Internacional tenía su mayor presencia. En el curso de 1867, la afiliación de otra docena de organizaciones hizo que la membresía ascendiera a unos cincuenta mil —una cantidad impresionante, si tenemos en cuenta que se logró en solo dos años y que la fuerza laboral sindicalizada era entonces de aproximadamente ochocientos mil trabajadores³⁴—. En ningún otro lugar la membresía de la Internacional alcanzó ese nivel (en términos absolutos, ya que no en proporción con la población total). En contraposición al progreso del período de 1864-1867, sin embargo, los años siguientes en Inglaterra estuvieron marcados por una especie de estancamiento. Hubo varias razones para esto. Ante todo, como se ha afirmado, la Internacional no pudo penetrar en el sector fabril o en el mundo de los trabajadores no calificados. La única excepción en este último fueron los Excavadores Unidos (United Excavators), que se afiliaron luego de la huelga de agosto de 1866, aunque los trabajadores de metales maleables (Amalgamated Malleable Ironworkers) estaban entre los muy pocos que se registraron, provenientes del norte y del centro del país. La voz de la Internacional tampoco llegó

³⁴ Véase H. Collins, «The International and the British Labour Movement: origin of the International in England», en *Colloque International sur la Première Internationale*, *ibid.*, p. 34.

a la industria del carbón y del algodón, o a la de los maquinistas (quienes, debido a sus conocimientos técnicos, nunca se sintieron amenazados por la competencia extranjera). Quienes ingresaron a la Internacional en mayores números fueron los trabajadores de la construcción. La Sociedad Unificada de Carpinteros y Ensambladores (Amalgamated Society of Carpenters and Joiners), cuyo secretario, Robert Applegarth (1834-1924), que formaba parte del Consejo General, representaba la quinta parte del total de la membresía; eran seguidos por los sastres, zapateros, ebanistas, encuadernadores, tejedores, hilanderos, talabarteros y armadores de cigarros, todos los cuales eran oficios no alterados por la Revolución Industrial. En enero de 1867, el Consejo de Oficios de Londres (London Trades Council) decidió cooperar con la Internacional, pero votó contra la afiliación; este episodio alertó al Consejo General sobre el hecho de que no podía expandirse más allá de su esfera de influencia existente.

La creciente institucionalización del movimiento obrero contribuyó más a esta desaceleración en la vida de la Internacional. La Reform Act, resultante de la batalla llevada a cabo por la Reform League, amplió el derecho al sufragio a más de un millón de trabajadores ingleses. La subsiguiente legalización de los sindicatos, que pusieron fin al riesgo de la persecución y represión, permitió al «Cuarto Estado» convertirse en una presencia real en la sociedad, con el resultado de que los gobernantes pragmáticos del país continuaron el camino de la reforma y las clases trabajadoras, a diferencia de sus contrapartes francesas, experimentaron un creciente sentimiento de pertenencia, mientras colocaban más esperanzas sobre un cambio pacífico en el futuro³⁵. La situación en el continente era por cierto muy distinta. En la Confederación Alemana, las negociaciones colectivas salariales eran virtualmente inexistentes. En Bélgica, las huelgas eran reprimidas por el gobierno casi como si fueran actos de guerra, mientras que, en Suiza, todavía eran una anomalía que el orden establecido hallaba difícil tolerar. En Fran-

³⁵ Véase H. Collins y Ch. Abramsky, *op. cit.*, pp. 290-291.

cia, se había declarado que las huelgas serían legales en 1864, pero los primeros sindicatos obreros funcionaban todavía bajo severas restricciones.

Este fue el contexto del congreso de 1867, donde la Internacional se reunió con una fuerza nueva, que provenía de la continua y amplia expansión. Una prueba del interés de algunos periódicos burgueses, entre ellos *The Times*, es que enviaron corresponsales para seguir sus debates entre el 2 y el 8 de septiembre. Fue otra vez en una ciudad suiza, Lausana, donde tuvo lugar, y recibió a sesenta y cuatro delegados³⁶ de seis países (con uno cada uno de Bélgica e Italia). Marx estaba ocupado trabajando en las pruebas de imprenta de *El capital* y estuvo ausente del Consejo General cuando se redactaron los documentos preparatorios, así como del mismo congreso³⁷. Ciertamente, se sintieron los efectos, como es evidente en el tratamiento, por parte del congreso, de los escuetos informes sobre crecimiento organizativo en diversos países y los temas proudhonianos (como el del movimiento cooperativo y los usos alternativos del crédito) preferidos de los mutualistas, fuertemente representados.

También se discutió allí la cuestión de la guerra y el militarismo, a pedido de la Liga para la Paz y la Libertad, cuyo congreso inaugural debía tener lugar inmediatamente después. En el curso del debate, el delegado de Bruselas, César de Paepe (1841-1890), uno de los teóricos más activos y brillantes, formuló lo que luego pasó a ser la posición clásica del movimiento obrero: que las guerras son inevitables en un sistema capitalista:

Si tuviese que expresar mis sentimientos al Congreso [de Paz] de Ginebra, yo diría: queremos la paz tanto como ustedes, pero sabemos que, mientras exista lo que se llama

³⁶ Aunque las reglas establecían un delegado por cada quinientos miembros, la representación real dependía de la capacidad de asistir de los delegados.

³⁷ De hecho, Marx continuó faltando a los congresos, con la excepción del crucial Congreso de La Haya.

el principio de las nacionalidades o el patriotismo, habrá la guerra; mientras haya clases distintas, habrá guerra. La guerra no es solo el fruto de la ambición de un monarca [...] la verdadera causa de la guerra fueron los intereses de algunos capitalistas; la guerra es el resultado de la falta de equilibrio en el mundo económico y de la falta de equilibrio en el mundo político³⁸.

Finalmente, hubo una discusión sobre la emancipación femenina³⁹ y el congreso también votó a favor de un informe que afirmaba que «los esfuerzos de las naciones deben tender a convertir al Estado en propietario de los medios de transporte y circulación»⁴⁰. Esta fue la primera declaración colectivista aprobada en un congreso de la Internacional. Sin embargo, los mutualistas siguieron oponiéndose totalmente a la socialización de la propiedad de la tierra. Y se pospuso una discusión más profunda sobre la cuestión hasta el siguiente congreso.

VI. DERROTA DE LOS MUTUALISTAS

Desde los primeros días de la Internacional, las ideas de Proudhon eran hegemónicas en Francia, en la Suiza francófona, en Valonia y en la ciudad de Bruselas. Sus discípulos, en particular Tolain y Ernest Édouard Fribourg (desc.), pudieron marcar un hito con sus posiciones en la reunión de fundación en 1864, en la Conferencia de Londres de 1865 y en los congresos de Ginebra y Lausana.

Durante cuatro años, los mutualistas fueron el ala más moderada de la Internacional. Los sindicatos ingleses, que constituían la mayoría, no compartían el anticapitalismo de Marx, pero tampoco representaban el lastre sobre la

³⁸ Documento 49 [Sobre las verdaderas causas de la guerra], véase *infra*, p. 379. La posición de De Paepe pasó a ser después la opinión habitual del movimiento obrero sobre la guerra.

³⁹ Véase documento 6 [Sobre la emancipación e independencia de la mujer], *infra*, pp. 185 y ss.

⁴⁰ Documento 32 [La definición y el papel del Estado], v. *infra*, p. 285.

política de la organización que suponían los seguidores e Proudhon.

Basándose en las teorías del anarquista francés, los mutualistas afirmaban que la emancipación de los trabajadores sería lograda mediante la fundación de cooperativas de producción financiadas por un Banco Central del Pueblo. Resueltamente hostiles a la intervención estatal en todos los terrenos, se oponían a la socialización de la tierra y los medios de producción, así como a utilizar la huelga como un arma. En 1868, por ejemplo, había todavía muchas secciones de la Internacional que atribuían un valor negativo y antieconómico a este método de lucha. El *Informe de la sección de Lieja* sobre las huelgas fue emblemático al respecto: «La huelga es una lucha. En consecuencia, aumenta la efervescencia del odio entre el pueblo y la burguesía, separando aún más a dos clases que deberían fusionarse y unirse entre sí»⁴¹. La distancia respecto de las posiciones y las tesis del Consejo General no podía ser mayor.

Marx desempeñó indudablemente un papel clave en la lucha para reducir la influencia de Proudhon en la Internacional. Sus ideas fueron fundamentales para el desarrollo teórico de sus dirigentes y mostró una notable capacidad para afirmarlas ganando cada conflicto importante en la organización. Con respecto a la cooperación, por ejemplo, en las *Instrucciones sobre diversos problemas a los delegados del Consejo Central Provisional*, de 1866, ya había declarado que:

Para convertir la producción social en un sistema amplio y armónico de libre trabajo cooperativo, son necesarios cambios generales de carácter social, cambios que afecten a las condiciones generales de la sociedad y que solo podrán llevarse a cabo mediante el traspaso del poder organizado de la sociedad, es decir, del poder del Estado, desde las manos de los capitalistas y terratenientes a las manos de los productores mismos. Recomen-

⁴¹ Cassian Maréchal, «Report of the Liège Section», PI, I, p. 268.

damos a los trabajadores que se ocupen más con las cooperativas de producción que con las cooperativas de consumo. Estas últimas solo afectan la superficie del sistema económico actual, mientras que las primeras atacan sus fundamentos⁴².

Sin embargo, aún más que Marx, fueron los propios trabajadores quienes dejaron de lado las doctrinas proudhonianas; fue sobre todo la proliferación de las huelgas lo que convenció a los mutualistas del error de sus concepciones. Las luchas proletarias mostraban que la huelga era la respuesta inmediata y necesaria para mejorar las condiciones existentes, pero también, al mismo tiempo, para fortalecer la conciencia de clase indispensable para la construcción de la futura sociedad. Eran los hombres y mujeres de la vida real quienes detenían la producción capitalista para exigir sus derechos y la justicia social y, por consiguiente, cambiaban el equilibrio de fuerzas en la Internacional y, lo que era más importante, en la sociedad en su conjunto. Fueron los trabajadores parisinos del bronce, los tejedores de Ruan y Lyon, los mineros del carbón de Saint-Étienne quienes, más duramente que a través de cualquier discusión teórica, convencieron a los dirigentes franceses de la Internacional de la necesidad de socializar la tierra y la industria. Y fue el movimiento obrero el que demostró, en oposición a Proudhon, que era imposible separar la cuestión socioeconómica de la cuestión política⁴³. El Congreso de Bruselas, que tuvo lugar entre el 6 y el 13 de septiembre de 1868, con la participación de noventa y nueve delegados de Francia, Inglaterra, Suiza, Alemania, España (un delegado) y Bélgica (cincuenta y cinco)⁴⁴, finalmente cortó las alas de los mutualistas. El punto culminante llegó cuando la asamblea aprobó la propuesta de De Paepe, una de las que tuvo más relevancia en toda la historia de la Internacional, sobre la socialización de los medios de producción; un paso

⁴² Documento 2, véase *infra*, p. 161

⁴³ Véase J. Freymond, «Introduction», en PI, p. XIV.

⁴⁴ Eugène Dupont (1831-1881) representaba una sección de Nápoles, y el congreso también contó con la participación de Louis Auguste Blanqui (1805-1881), como observador.

decisivo hacia la definición de la base económica del socialismo, ya no simplemente en los textos de ciertos intelectuales, sino en el programa de una gran organización transnacional. Con referencia a las minas y el transporte, el congreso declaró:

A. Que, en un estado normal de la sociedad, las canteras, minas de carbón y otras minas, así como los ferrocarriles deben pertenecer a la comunidad representada por el Estado, un Estado a su vez sometido a las leyes de la justicia.

B. Que las canteras, minas de carbón y otras minas, además de los ferrocarriles, deben ser concedidos por el Estado, no a las compañías de capitalistas, como ocurre en el presente, sino a compañías de trabajadores vinculados por contrato a fin de garantizar a la sociedad el funcionamiento racional y científico de los ferrocarriles, etcétera, a un precio tan próximo como sea posible a los gastos del trabajador.

El mismo contrato debe reservar al Estado el derecho a verificar las cuentas de las compañías, para impedir la posibilidad de una reconstitución de monopolios. Un segundo contrato debe garantizar el derecho mutuo de cada miembro de las compañías en relación con sus compañeros de trabajo.

En cuanto a la propiedad agrícola, se acordó:

Que el desarrollo económico de la sociedad moderna creará la necesidad social de convertir la tierra cultivable en propiedad común de la sociedad, y de hacer que el Estado conceda a compañías agrícolas, bajo condiciones análogas a las declaradas con respecto a las minas y los ferrocarriles.

Y condiciones similares se aplicaron a los canales, carreteras y telégrafos:

Considerando que las carreteras y otros medios de comunicación exigen una dirección social común, el Congreso piensa que deben permanecer como propiedad común de la sociedad.

Finalmente, se incluyeron interesantes puntos sobre el medio ambiente:

Considerando, que el abandono de las forestas a individuos privados causa la destrucción de los bosques necesarios para la conservación de los manantiales, y, evidentemente, de la buena calidad del suelo, así como la salud y las vidas de la población, el Congreso piensa que los bosques deben seguir siendo propiedad de la sociedad⁴⁵.

En Bruselas, entonces, la Internacional hizo su primer pronunciamiento claro sobre la socialización de los medios de producción por las autoridades estatales⁴⁶. Esto marcó una importante victoria para el Consejo General y la primera aparición de principios socialistas en el programa político de una organización obrera importante.

Además, el congreso discutió nuevamente la cuestión de la guerra. Una moción presentada por Becker, que Marx luego resumió en las resoluciones publicadas del congreso, afirmaba:

Solo los trabajadores tienen un interés lógico evidente en abolir finalmente todas las guerras, económicas y políticas, individuales y nacionales, porque al final ellos siempre tienen que pagar con su sangre y su trabajo por el ajuste de cuentas entre los beligerantes, independientemente de si están en el lado ganador o perdedor⁴⁷.

Se pidió a los trabajadores que trataran cada guerra «como una guerra civil»⁴⁸. De Paepe también sugirió el uso de la huelga general⁴⁹, una propuesta que Marx desestimó como «absurda»⁵⁰,

⁴⁵ Documento 3 [Resoluciones del Congreso de Bruselas (1868)], véase *infra*, p. 170-171.

⁴⁶ Esto fue posible gracias al cambio en las secciones belgas, que viraron al colectivismo luego de su Congreso Federal de julio.

⁴⁷ PI, I, p. 403.

⁴⁸ *Idem*.

⁴⁹ Véase documento 50 [Huelga contra la guerra], *infra*, pp. 381 y ss.

⁵⁰ K. Marx a Friedrich Engels, 16 de septiembre de 1868, MECW, vol. 43, p. 101.

pero que en realidad tendía a desarrollar una conciencia de clase capaz de ir más allá de las luchas simplemente económicas.

Si el giro colectivista de la Internacional comenzó en el Congreso de Bruselas, fue el Congreso de Basilea, del 5 al 12 de septiembre del año siguiente, el que lo consolidó, y erradicó al proudhonismo hasta en su tierra natal, Francia. Esta vez, fueron setenta y ocho delegados al congreso, provenientes no solo de Francia, Suiza, Alemania, Inglaterra y Bélgica, sino también, como claro signo de expansión, de España, Italia y Austria, más un representante de la Unión Nacional del Trabajo en los Estados Unidos. La presencia de este último, así como de Wilhelm Liebknecht (1826-1900), en nombre de la primera fuerza política obrera (el Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania, fundado en Eisenach unas semanas antes) ayudó a hacer más solemne el congreso e imbuirlo de esperanza. Los explotados vieron extenderse los alcances de su asociación —requisito esencial para desafiar el dominio del capital—; y el registro de los debates, así como los informes generales sobre la actividad del congreso, transmitían el entusiasmo de los obreros reunidos.

Se reafirmaron las resoluciones del Congreso de Bruselas sobre la propiedad de la tierra, con cincuenta y cuatro votos a favor, cuatro en contra y trece abstenciones. Once de los delegados franceses —incluyendo a Eugène Varlin (1838-1871), que más tarde sería una figura prominente en la Comuna de París— aprobaron incluso un nuevo texto que declaraba «que la sociedad tiene el derecho de abolir la propiedad individual de la tierra y hacerla parte de la comunidad»⁵¹; diez se abstuvieron y cuatro (incluyendo a Tolain) votaron en contra. Luego de Basilea, la Internacional en Francia ya no fue más mutualista.

El Congreso de Basilea también fue interesante, porque Mijaíl Bakunin participó en los debates como un delegado. Al no haber logrado ganar la dirección de la Liga para la Paz y la Libertad, había fundado la Alianza Internacional para la Democracia

⁵¹ PI, II, p. 74.

Socialista, en septiembre de 1868 en Génova y en diciembre esta había solicitado ingresar a la Internacional. El Consejo General inicialmente rechazó el pedido, sobre la base de que dicha Alianza continuaba estando afiliada a otra estructura transnacional paralela y que uno de sus objetivos, «la igualación de las clases»⁵², era radicalmente diferente a un eje central de la Internacional, la abolición de las clases. Sin embargo, poco después, la Alianza modificó su programa y aceptó poner fin a su red de secciones, muchas de las cuales, de todos modos, solo existían en la imaginación de Bakunin⁵³. El 28 de julio de 1869, la sección de Ginebra, de ciento un miembros, fue admitida por consiguiente en la Internacional⁵⁴. Marx conocía bastante bien a Bakunin, pero había subestimado las consecuencias de este paso. Pues la influencia del famoso revolucionario ruso rápidamente creció en una cantidad de secciones suizas, españolas y francesas (como lo había hecho en las italianas luego de la Comuna de París) y en el Congreso de Basilea, gracias a su carisma y enérgico estilo de discusión, ya había logrado afectar el resultado de sus deliberaciones. El voto sobre el derecho a la herencia, por ejemplo, fue la primera ocasión en la que los delegados rechazaron una propuesta del Consejo General⁵⁵. Luego de haber derrotado finalmente a los mutualistas y enviado a descansar al fantasma de Proudhon, Marx ahora tenía que confrontar a un rival mucho más duro, que formó una nueva tendencia, el anarquismo colectivista, y trató de conquistar el control de la organización.

⁵² Mijaíl Bakunin, «Programme of the Alliance [International Alliance of Socialist Democracy]», en Arthur Lehning (ed.), *Michael Bakunin: Selected Writings*, Jonathan Cape, Londres, 1973, p. 174. La traducción que se ofrece en este libro es inexacta y confusa. En *Fictitious Splits in the International*, Engels y Marx citaron directamente del documento original de Bakunin («L'égalisation politique, économique et sociale des classes»). Véase documento 75 [Contra el sectarismo], pp. 461 y ss.

⁵³ Véase Edward Hallett Carr, *Michael Bakunin*, Nueva York, Vintage, 1961 [1937], p. 392.

⁵⁴ De acuerdo con Carr (*op. cit.*, p. 374), «el caballo de madera había entrado en la ciudadela troyana».

⁵⁵ Documento 31 [Sobre el derecho de herencia], véase *infra*, pp. 279 y ss.

VII. DESARROLLO EN TODA EUROPA Y LA OPOSICIÓN A LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA

A fines de la década de 1860 y principios de la de 1870, hubo un período rico en conflictos sociales. Muchos trabajadores que tomaron parte en las acciones de protesta decidieron entrar en contacto con la Internacional, cuya reputación se fue extendiendo cada vez más, y pidieron la intervención de ella para sostener sus luchas. A pesar de sus limitados recursos, el Consejo General jamás dejó de responder, con llamados a la solidaridad, a sus secciones europeas, y con la organización para recolectar fondos. Este fue el caso en marzo de 1869, por ejemplo, cuando pidieron su apoyo ochocientos tintoreros de la seda y tejedores de cintas en Basilea. El Consejo General no pudo enviarles más que cuatro libras esterlinas de sus propios fondos, pero emitió una circular que dio por resultado la recolección de otras trescientas libras esterlinas por parte de una serie de grupos obreros en diversos países. Más importante aún fue la lucha de los trabajadores del metal para reducir la jornada laboral a nueve horas, cuando dos emisarios del Consejo General, James Cohn [Cohen] (desc.) y Eccarius, cumplieron un papel clave, bloqueando el intento patronal de reemplazar a los huelguistas ingleses por trabajadores de otros países del continente. El éxito de esta huelga, una *cause célèbre* a nivel nacional, sirvió como advertencia para los capitalistas ingleses, que desde entonces dejaron de reclutar trabajadores del otro lado del canal⁵⁶.

El año 1869 fue testigo de una importante expansión de la Internacional por toda Europa. Sin embargo, al respecto, Inglaterra fue una excepción. El Congreso de los Sindicatos, reunido en Birmingham en agosto, recomendó que todas sus organizaciones fueran parte de la Internacional. Pero este llamamiento no fue escuchado, y el nivel de afiliación siguió siendo más o menos el mismo que en 1867. Los líderes sindicales ingleses, moderados y

⁵⁶ Véase J. Braunthal, *op. cit.*, p. 173.

poco propensos a los temas teóricos⁵⁷, mostraron un limitado interés en los problemas organizativos. Apoyaron completamente a Marx contra los mutualistas, pero les faltó el ardor revolucionario. Esta era la razón por la que Marx, durante un largo tiempo, se opuso a fundar una federación inglesa de la Internacional que fuera independiente del Consejo General.

En cada país europeo donde la Internacional fuera razonablemente fuerte, sus miembros daban a luz nuevas organizaciones totalmente autónomas de las que ya existían, formando secciones locales y/o federaciones nacionales si la cantidad de miembros lo justificaba. Sin embargo, en Inglaterra, los sindicatos que formaron la principal fuerza de la Internacional, naturalmente, no disolvieron sus propias estructuras; además, el Consejo General, situado en Londres, cumplía dos funciones a la vez, como sede central mundial y como la dirección para Inglaterra. Más allá de la particularidad inglesa, país en el que las afiliaciones sindicales mantenían a cincuenta mil obreros en su órbita de influencia, a fines de la década la Internacional estaba avanzando en todo el continente.

En Francia, la política represiva del Segundo Imperio hizo de 1868 un año de graves crisis para la Internacional: todas sus secciones desaparecieron, con la sola excepción de Ruan. Sin embargo, al año siguiente, se vio un reavivamiento de la organización. Tolain dejó de ser su cabeza visible, como resultado del Congreso de Basilea, y comenzaron a destacarse nuevos líderes, como Varlin, quien había abandonado sus posiciones mutualistas. El pico de la expansión para la Internacional llegó en 1870. Las estimaciones reales de sus afiliados divergían mucho de las que algunos estudiosos inventaron y difundieron entre el público. También hay que recordar que, a pesar de su considerable crecimiento, la organización nunca echó raíces en treinta y ocho de los noventa departamentos que existían en esa época en Francia. No obstante, los inscriptos aumentaron su número respecto del pasado. Es posible que la membresía en París llegara a diez mil, con gran parte de ellos afiliados a la Internacional a través de sociedades cooperativas, asociaciones de oficios y sociedades de

⁵⁷ Véase J. Freymond, «Introducción», en PI, I, p. XIX.

resistencia. Estimaciones más rigurosas alcanzarían a una cifra de tres mil en Ruan y otro tanto en Lyon (donde un levantamiento llevó a la proclamación de una Comuna del Pueblo, en septiembre de 1870, que fue luego ahogada en sangre) y a un poco más de cuatro mil en Marsella. El total nacional podría ser estimado entre tres y cuatro decenas de miles⁵⁸. De este modo, aunque una investigación historiográfica rigurosa mostraría que la Internacional no se convirtió en una verdadera organización de masas en Francia, ciertamente, ella creció hasta alcanzar una magnitud respetable y despertó un interés generalizado, como podemos apreciar en la solicitud de afiliación que los «Proletarios Positivistas de París» presentaron ante el Consejo General⁵⁹. Desde 1876, hasta algunos discípulos de Blanqui superaron sus primeras reservas sobre una organización inspirada por la moderación proudhoniana y, viendo el entusiasmo que tenían por ella los trabajadores, comenzaron a su vez a ingresar a ella. Además, esta Internacional era muy diferente de la fundada en 1865 por Tolain y Fribourg⁶⁰, cuando las secciones francesas de la Internacio-

⁵⁸ Véase Jacques Rougerie, «Les Sections française de l'Association Internationale des Travailleurs», en *Colloque International sur La Première Internationale* (*op. cit.*, p. 111), quien hablaba de «algunas docenas de miles».

⁵⁹ Véase GC, III, p. 218. Este pedido fue rechazado porque los grupos definidos por su tendencia política como tal no podían ingresar a la Internacional. La decisión se convirtió en una resolución oficial al año siguiente, en la Conferencia de Londres de 1871, y fue aprobada por los delegados: «las organizaciones existentes de la Asociación Internacional de Trabajadores, a partir de ahora, de acuerdo con el texto y el espíritu de los estatutos generales, quedarán obligadas a ser conocidas y constituidas simplemente y exclusivamente como ramas, secciones, etc., de la Asociación Internacional de Trabajadores, con el nombre de sus respectivas localidades adjunto; quedará prohibido para las ramas y sociedades existentes continuar siendo designadas por los nombres de sectas, o sea, como grupos mutualistas, colectivistas, o comunistas, etc.» (PI, II, p. 238).

⁶⁰ Véase J. Rougerie, «L'A. I. T. et le mouvement ouvrier a Paris pendant les evenements de 1870-1871», *International Review of Social History*, XVII, n.º 1, 1972, pp. 11-12. Ambos dirigentes abandonaron posteriormente la Internacional y sus ideas, y Tolain fue expulsado de la organización. Véase documento 25 [El Cuarto Estado y la producción moderna], *infra*, n. 4, p. 261.

nal eran poco más que «sociedades de estudio»⁶¹. En 1870, mucha agua había pasado bajo el puente, y los lineamientos para la organización en Francia ahora se centaban en la promoción del conflicto social y la actividad política.

En Bélgica, el período siguiente al Congreso de Bruselas de 1868 había sido marcado por el crecimiento del sindicalismo, una serie de huelgas victoriosas y la afiliación de numerosas sociedades obreras a la Internacional. La membresía alcanzó a principios de la década de 1870 su punto máximo, con varias decenas de millares, probablemente excediendo el número del total de miembros en Francia. Fue aquí donde la Internacional logró su más alta densidad numérica en la población en general y su mayor influencia en la sociedad.

La evolución positiva durante este período es también notable en Suiza. En 1870, la membresía total era de seis mil (a partir de una población obrera de alrededor de setecientos mil), incluyendo dos mil en las treinta y cuatro secciones de Ginebra y otros ochocientos en la región del Jura. Sin embargo, no mucho después, las teorías de Bakunin dividieron la organización en dos grupos del mismo tamaño. Estos se enfrentaron entre sí en el Congreso de la Federación Francófona en abril de 1870, precisamente sobre la cuestión de si la Alianza Internacional para la Democracia Socialista debía ser admitida en la Federación⁶².

Cuando se comprobó que era imposible reconciliar sus posiciones, los debates continuaron en dos congresos paralelos y solo se acordó una tregua luego de una intervención del Consejo General. El grupo alineado con Londres era levemente menor, pero retuvo el nombre de Federación Francófona, mientras que el vinculado a Bakunin tuvo que adoptar el nombre de Federación del Jura, aun cuando su afiliación a la Internacional fue reconocida nuevamente.

⁶¹ Ernest Édouard Fribourg, *L'Association Internationale des Travailleurs*, A. Le Chevalier, París, 1871, p. 26.

⁶² Véase J. Freymond (ed.), *Études et documents sur la Première Internationale en Suisse*, Droz, Ginebra, 1964, p. 295.

Los principales dirigentes en la primera fueron Nikolái Utin (1845- 1883), quien había fundado en Ginebra la primera sección rusa de la Internacional⁶³, y Johann Philipp Becker, quien, a pesar de su colaboración con Bakunin entre el verano de 1868 y febrero de 1870, había logrado impedir una vez más que la organización suiza cayera completamente en manos del ruso, después de haber cambiado su opinión sobre este. De todos modos, la consolidación de la Federación del Jura representó una importante etapa en la construcción de una corriente anarcofederalista en la Internacional. Su figura más prominente fue el joven James Guillaume (1844-1916), quien jugó un rol clave en la disputa con Londres.

Durante este período, las ideas de Bakunin comenzaron a difundirse en una cantidad de ciudades, especialmente en el sur de Europa; pero el país donde se arraigó más rápidamente fue España. De hecho, la Internacional en la península ibérica se desarrolló primero gracias a la actividad del anarquista napolitano Giuseppe Fanelli, quien, a pedido de Bakunin, viajó a Barcelona y Madrid, entre octubre de 1868 y la primavera de 1869, para ayudar a fundar secciones de la Internacional y grupos de la Alianza para la Democracia Socialista (de la que era miembro). Su viaje logró su propósito. Pero su distribución de documentos de ambas organizaciones internacionales, a menudo a las mismas personas, fue un buen ejemplo de la confusión bakuninista y el eclecticismo teórico de la época; los trabajadores españoles fundaron la Internacional con los principios de la Alianza para la Democracia Socialista. Aun así, la propaganda resultó útil, en la medida en que favoreció la formación de importantes dirigentes, entre ellos Anselmo Lorenzo (1841-1914), quienes previamente habían recibido los textos de Proudhon traducidos al español por el futuro presidente español Francisco Pi y Margall (1824-1901). Y, aunque adulteradas de diversas formas, las ideas de la Internacional se introdujeron en un incipiente movimiento obrero

⁶³ Véase Woodford McLellan, *Revolutionary Exiles*, Frank Cass, Londres, 1979, pp. 83-107.

ansioso por organizarse y participar en la lucha. En el Congreso de Basilea, el delegado español Rafael Farga Pellicer (1840-1890) ya pudo señalar la existencia de varias docenas de secciones.

En la Confederación Alemana del Norte, a pesar de la existencia de dos organizaciones políticas del movimiento obrero — la Asociación General de Trabajadores Alemanes (lassalleana) y el Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania (marxista)—, había poco entusiasmo por la Internacional y pocos pedidos para afiliarse a ella. Durante sus primeros tres años, los militantes alemanes ignoraron virtualmente su existencia, temiendo la persecución a manos de las autoridades. Pero el panorama cambió un tanto luego de 1868, cuando la fama y los éxitos de la Internacional se multiplicaron por toda Europa. Desde ese momento, ambos partidos rivales aspiraron a representar su ala alemana. En la lucha contra los lassalleanos —cuyo líder, Johann Baptist von Schweitzer (1833-1875), jamás pidió afiliar su organización a la Asociación Internacional—, Liebknecht trató de jugar con la proximidad política de su organización a las posiciones de Marx, pero la afiliación a la Internacional del Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania era más formal (o «puramente platónica», como dijo Engels⁶⁴) que real, con un mínimo compromiso material e ideológico. De sus más o menos diez mil miembros registrados dentro del año posterior a su fundación, solo unos pocos cientos ingresaron a la Internacional a título individual (un procedimiento permitido bajo las «Leyes de Asociación» prusianas)⁶⁵. Por consiguiente, el débil internacio-

⁶⁴ Friedrich Engels a Theodor Cuno, 7-8 de mayo de 1872, en MECW, vol. 44, p. 371.

⁶⁵ Véase Roger Morgan, *The German Social Democrats and the First International. 1864-1872* (Cambridge University Press, Nueva York, 1965, p. 180), citando lo que afirmaba Becker en el último número del *Verbote*, que, hacia fines de 1871, «habían sido fundadas (casi la mitad de ellas en Alemania, el resto principalmente en Suiza) cincuenta y ocho secciones [de habla alemana] [de la Internacional], diez se habían afiliado como miembros, y trescientos ochenta y cinco miembros individuales habían estado pagando cotizaciones».

nalismo de los alemanes pesaba más que cualquier otro aspecto legal y disminuyó aún más en la segunda mitad de la década de 1870, a medida que en el movimiento aumentó la preocupación por los problemas internos⁶⁶.

Para compensar las limitaciones alemanas, hubo dos buenas noticias. En mayo de 1869, se fundaron las primeras secciones de la Internacional en Holanda y comenzaron a crecer lentamente en Ámsterdam y Frisia. Poco después, la Internacional también comenzó a atraer miembros en Italia, donde previamente solo había estado presente en un puñado de centros que tenían poca o ninguna relación entre sí.

Aún más importante, al menos simbólicamente y por las esperanzas que despertó, fue el desembarco en el otro lado del Atlántico. A partir de 1869, de hecho, por iniciativa de algunos inmigrantes que habían arribado en los años recientes, se comenzaron a establecer las primeras secciones en los Estados Unidos. Sin embargo, la organización sufrió dos desventajas de nacimiento que nunca pudo superar. A pesar de las repetidas exhortaciones desde Londres, no pudo cortar el carácter nacionalista de sus diversos grupos de afiliados, ni atraer a trabajadores nacidos en el Nuevo Mundo. Cuando las secciones alemanas, francesas y checas fundaron el Comité Central de la AIT en Norteamérica, en diciembre de 1870, fue el único en la historia de la Internacional en tener solo miembros «nacidos en el extranjero». El aspecto más notable de esta anomalía es que la Internacional en los Estados Unidos jamás dispuso de un órgano de prensa en idioma inglés.

Frente a este contexto general, marcado por contradicciones evidentes y desarrollos desiguales entre los países, la Internacional tomó medidas para su Quinto Congreso, en septiembre de 1870. Se lo había programado originalmente para hacerlo en París, pero las medidas represivas del gobierno francés hicieron que el Consejo General optara en cambio por Maguncia; Marx probablemente pensó que el mayor número de delegados alemanes cercanos a sus

⁶⁶ *Ibid.*, p. X.

posiciones ayudaría a contener el avance de los bakuninistas. Pero el estallido de la guerra franco-prusiana, el 19 de julio de 1870, no dejó más alternativa que cancelar el congreso.

El conflicto en el corazón de Europa significó que la principal prioridad ahora fuera ayudar al movimiento obrero a expresar una posición independiente lejos de la retórica nacionalista de la época. En su *Primer discurso sobre la guerra franco-prusiana*, Marx llamó a los trabajadores franceses a expulsar a Luis Bonaparte (1808-1873) y a destruir el imperio que este había establecido dieciocho años antes. Se suponía que los trabajadores alemanes, por su parte, habrían de impedir que la derrota de Bonaparte se convirtiera en un ataque al pueblo francés:

Por oposición a la vieja sociedad, con su miseria económica y su insania política, está naciendo una nueva sociedad, cuyo principio internacional será la paz, porque en ella todas las naciones se regirán por el mismo principio: ¡el trabajo! En el camino hacia esta nueva sociedad rompe la marcha la Asociación Internacional de Trabajadores⁶⁷.

Este texto, publicado en treinta mil ejemplares (quince mil para Alemania y quince mil para Francia, impreso en Ginebra), fue la primera principal declaración sobre política exterior de la Internacional. Uno de los muchos que hablaron en forma entusiasta apoyándola fue John Stuart Mill (1806-1873): «no había ni una palabra en ella que no debiera estar allí», escribió, y «no podría haber sido hecha con menos palabras»⁶⁸.

Los dirigentes del Partido Obrero Socialdemócrata, Wilhelm Liebknecht y August Bebel (1840-1913), fueron los únicos dos miembros del parlamento en la Confederación Alemana del Norte que se rehusaron a votar por el presupuesto especial de guerra⁶⁹,

⁶⁷ Documento 54 [Primer manifiesto del Consejo General sobre la guerra franco-prusiana], véase *infra*, p. 394.

⁶⁸ John Stuart Mill, *The Collected Works of John Stuart Mill*, vol. XXXII, University of Toronto Press, Toronto, 1991, p. 244.

⁶⁹ Los representantes de la Asociación General de Trabajadores Alemanes lassalleana votaron a favor.

y secciones de la Internacional en Francia también enviaron mensajes de amistad y solidaridad a los trabajadores alemanes. Pero la derrota francesa selló el nacimiento de una nueva y más potente era de Estados-nación en Europa, con todo su chauvinismo.

VIII. LA INTERNACIONAL Y LA COMUNA DE PARÍS

Luego de la victoria alemana en Sedán y la captura de Bonaparte, en Francia se proclamó la Tercera República, el 4 de septiembre de 1870. En enero del año siguiente, un sitio de cuatro meses sobre París finalizó con la aceptación francesa de las condiciones de Bismarck; el armisticio resultante permitió llamar a elecciones y el nombramiento de Adolphe Thiers (1797-1877) como presidente de la república, con el apoyo de una enorme mayoría Legitimista y Orleanista. En la capital, sin embargo, las fuerzas progresista-republicanas arrasaron y hubo un descontento popular generalizado. La perspectiva de un gobierno que quería desarmar la ciudad y suspender toda reforma social, impulsó el alzamiento de los parisinos. Este concluyó con la expulsión de Thiers y el nacimiento, el 18 de marzo, de la Comuna de París, el acontecimiento político más importante en la vida del movimiento obrero del siglo XIX.

Aunque Bakunin había exhortado a los trabajadores a transformar la guerra patriótica en una guerra revolucionaria⁷⁰, el Consejo General en Londres optó inicialmente por el silencio. Encargó a Marx la tarea de escribir un texto en nombre de la Internacional, pero él demoró su publicación por razones complicadas y profundas. Plenamente consciente de la verdadera relación de fuerzas en el terreno, así como de la debilidad de la Comuna de París, él sabía que esta estaba condenada a la derrota. Hasta había tratado de advertir a la clase obrera francesa en septiembre de 1870, en su *Segundo mensaje sobre la guerra franco-prusiana*:

⁷⁰ Véase A. Lehning (ed.), «Introduction», *Bakunin-Archiv. Vol. VI: Michel Bakounine sur la Guerre Franco-Allemande et la Révolution Sociale en France (1870-1871)*, E. J. Brill, Leiden, 1977, p. XVI.

Todo intento de derrocar al nuevo gobierno, con el enemigo casi a las puertas de París, sería una desesperada torpeza. Los obreros franceses [...] sin dejarse llevar de las reminiscencias de 1792. [...] No tienen que repetir el pasado, sino construir el futuro. ¡Ojalá sepan emplear, serena y resueltamente, los medios que la libertad republicana les brinda para llevar a cabo la organización a fondo de su clase! Esto les dará nuevas, hercúleas fuerzas para el resurgir de Francia y para nuestra empresa común, que es la liberación del proletariado. De su fuerza y su sabiduría depende la suerte de la República⁷¹.

Una fervorosa declaración que saludaba la victoria de la Comuna de París habría generado el riesgo de crear falsas expectativas entre los trabajadores de toda Europa y finalmente sería una fuente de desmoralización y desconfianza. Por consiguiente, Marx decidió postergar el envío y quedarse fuera de las reuniones del Consejo General durante varias semanas. Sus funestas premoniciones pronto resultaron ser demasiado bien fundadas y el 28 de mayo, poco de dos meses después de su proclamación, la Comuna de París fue ahogada en sangre. Dos días más tarde, reapareció en el Consejo General con un manuscrito titulado *La guerra civil en Francia*; fue leído y aprobado unánimemente, luego, publicado con los nombres de todos los miembros del Consejo General. En pocas semanas, fue el documento del movimiento obrero que más revuelo causó en todo el siglo XIX. Impreso rápidamente en tres ediciones inglesas, el escrito de Marx suscitó aprobación entre los trabajadores y generó un escándalo en los círculos burgueses. También fue traducido completa o parcialmente en una docena de otros idiomas; apareció en periódicos, revistas y folletos en diversos países europeos y en los Estados Unidos. Nunca un texto de una organización obrera había conocido una difusión similar.

A pesar de la apasionada defensa de Marx y de las afirmaciones de los oponentes reaccionarios y de marxistas dogmáticos ansiosos de glorificar a la Internacional⁷², se debe descartar la idea de que

⁷¹ Documento 55 [Segundo manifiesto del Consejo General sobre la guerra franco-prusiana], véase *infra*, p. 397.

⁷² Véase G. Haupt, *Aspect of International Socialism, 1871-1914* (Uni-

la misma haya impulsado a los parisinos a la insurrección o ejercido una influencia decisiva. Figuras prominentes en la organización cumplieron un papel —Leo Frankel (1844-1896), por ejemplo, aunque de origen húngaro, estaba a cargo del trabajo, la industria y el comercio—, pero la dirección de la Comuna de París estaba en las manos de su ala radical jacobina. De los ochenta y cinco representantes elegidos en las elecciones municipales del 26 de marzo⁷³, había quince moderados (los denominados *parti des maires*, un grupo de antiguos alcaldes de los distritos) y cuatro radicales, que inmediatamente renunciaron y nunca formaron parte del Consejo de la Comuna. De los sesenta y seis restantes, aun siendo revolucionarios, once no tenían una tendencia política clara, catorce provenían del Comité de la Guardia Nacional y quince eran republicanos-radicales y socialistas; además, había nueve blanquistas y diecisiete miembros de la Internacional⁷⁴. Entre estos estaban Édouard Vaillant (1840-1915), Benoît Malon (1841-1893), Auguste Serrailier (1840-1872), Jean-Louis Pindy (1840-1917), Albert Theisz (1839-1881), Charles Longuet (1839-1903) y los mencionados anteriormente, Varlin y Frankel. Sin embargo, proviniendo, como lo hacían, de diversos antecedentes y culturas políticas, no constituían un grupo monolítico y a menudo votaban de maneras diferentes. Esto también favoreció la hegemonía de la perspectiva jacobina del republicanismo radical, que se reflejó en la decisión de mayo, inspirada en los Montagnards (aprobada por dos tercios del Consejo General, incluyendo a los blanquistas), de crear un Comité de Salud Pública. El propio Marx afirmaba que «la mayoría de la Comuna no era en ningún sentido socialista, ni pudo haberlo sido»⁷⁵.

versity Press Cambridge, Cambridge, 1986), que advertía contra «la reformulación de la realidad de la Comuna para hacerla conforme a una imagen transfigurada por la ideología», p. 25.

⁷³ Los puestos eran noventa y dos, pero debido a las elecciones múltiples de algunos individuos, el número de los miembros del consejo se redujo a ochenta y cinco.

⁷⁴ Véanse J. Rougerie, *Paris libre. 1871*, Seuil, París, 1971, p. 146; Pierre Milza, *L'Année terrible*, Perrin, París, 2009, p. 78.

⁷⁵ K. Marx a Domela Nieuwenhuis, 22 de febrero de 1881, MECW, vol. 46, p. 66.

La Comuna de París fue reprimida con brutal violencia por la armada de Versalles. Durante la «Semana Sangrienta» (del 21 al 28 de mayo) que siguió a la irrupción de la horda de Versalles en París, fueron asesinados en los combates o ejecutados unos diez mil comuneros; fue la masacre más sangrienta en la historia francesa. Fueron apresados otros cuarenta y tres mil, de los cuales trece mil quinientos fueron posteriormente condenados a muerte, cárcel, trabajos forzados o deportación (muchos, a la remota colonia de Nueva Caledonia). Otros siete mil pudieron escapar y refugiarse en Inglaterra, Bélgica o Suiza. La prensa conservadora y liberal europea completó el trabajo de los soldados de Thiers, acusando a los comuneros de crímenes horribles y anunciando la victoria de la «civilización» sobre la insolente rebelión obrera. Desde ahora, la Internacional estuvo en el ojo de la tormenta, sometida a la culpa por cada acto contra el orden establecido, a tal punto que Marx preguntó irónicamente cómo puede ser que no se le haya atribuido también la culpa por las catástrofes naturales. «Cuando la gran conflagración tuvo lugar en Chicago» —afirmó Marx con amarga ironía—, «el telégrafo dio la vuelta al mundo anunciándolo como el acto infernal de la Internacional; y es verdaderamente maravilloso que no se le haya atribuido el huracán que devastó a las Indias Occidentales»⁷⁶.

En nombre del Consejo General, Marx tuvo que pasar días enteros respondiendo a las calumnias de los periódicos sobre la Internacional y él mismo: «en este momento», escribió, [él era] «el mejor calumniado y más amenazado de Londres»⁷⁷. Mientras tanto, los gobiernos de toda Europa perfeccionaban sus instrumentos de represión, temiendo que otros levantamientos podrían seguir al de París. Thiers declaró inmediatamente ilegal a la Internacional y pidió al primer ministro inglés, William Ewart Gladstone (1809-1898), que siguiera su ejemplo; fue el primer intercambio diplomático relacionado con una organización obrera.

⁷⁶ K. Marx, *Report of the General Council to the Fifth Annual Congress of the International*, en GC, V, p. 461.

⁷⁷ K. Marx a Ludwig Kugelmann, 18 de junio de 1871, en *Cartas a Kugelmann*, Península, Barcelona (Esp.), 1974, p. 130.

El papa Pío IX (1792-1878) ejerció una presión similar sobre el gobierno suizo, argumentando que sería un grave error continuar tolerando a «esa secta Internacional, a la que le gustaría tratar a toda Europa como trató a París. Hay que temer a estos caballeros, porque trabajan en nombre de los enemigos eternos de Dios y de la humanidad»⁷⁸. Ese lenguaje tuvo como resultado un acuerdo entre Francia y España para extraditar a refugiados del otro lado de los Pirineos, y medidas represivas contra la Internacional en Bélgica y Dinamarca. Además, hubo varias iniciativas del gobierno alemán y el imperio austrohúngaro. Después de la preparación de un memorándum especial y varias iniciativas diplomáticas, sobre todo hacia Inglaterra, que no quería violar sus principios de garantías, persiguiendo preventivamente a los miembros de la Internacional, algunos representantes de los dos países se reunieron en Berlín en noviembre de 1872 y emitieron una declaración conjunta sobre la «cuestión social»:

1. Que las tendencias de la Internacional contrastan completamente con, y son antagónicas a, los principios de la sociedad burguesa; por lo tanto, deben ser vigorosamente repelidas.
2. Que la Internacional constituye un abuso peligroso de la libertad de reunión y, siguiendo su propia práctica y principios, la acción estatal contra ella debe ser de alcance internacional y, por lo tanto, estar basada en la solidaridad de todos los gobiernos.
3. Que, aunque algunos gobiernos no intenten aprobar una ley especial [contra la Internacional], como lo ha hecho Francia, hay que dificultar la labor de la Asociación Internacional de los Trabajadores y sus nocivas actividades⁷⁹.

Por último, Italia no quedó al margen de la arremetida. Lo más notable fue que Mazzini, quien por un tiempo había mirado a la Internacional con esperanza, consideró que sus principios se

⁷⁸ GC, V, p. 460.

⁷⁹ Véase J. Braunthal, *op. cit.*, pp. 160-161.

habían convertido en los de la «negación de Dios, [...] la patria, [...] y toda propiedad privada»⁸⁰.

La crítica de la Comuna de París se propagó aun a secciones del movimiento obrero. Luego de la publicación de *La guerra civil en Francia*, el líder sindical George Odger y el antiguo cartista Benjamin Lucraft (1809-1897) renunciaron a la Internacional, cediendo a la presión de la campaña hostil de la prensa. Sin embargo, ningún sindicato retiró su apoyo a la organización; lo que sugiere una vez más que el fracaso de la Internacional para crecer en Inglaterra se debía principalmente a la apatía política de la clase obrera⁸¹.

A pesar del sangriento desenlace en París y la ola de calumnias y represión gubernamental en todas partes de Europa, la Internacional se fortaleció y se hizo más conocida como resultado de la Comuna de París. Para los capitalistas y las clases medias representaba una amenaza al orden establecido, pero para los trabajadores alentó las esperanzas en un mundo sin explotación ni injusticia⁸².

La confianza de que esto era posible aumentó luego de la Comuna. El París insurgente fortaleció al movimiento obrero, impulsándolo a adoptar posiciones más radicales y a intensificar su militancia. La experiencia enseñó que la revolución era posible, que el objetivo podía y debía ser construir una sociedad totalmente diferente del orden capitalista, pero también que, para lograr esto, los trabajadores deberían crear formas durables y bien organizadas de asociación política⁸³.

⁸⁰ Giuseppe Mazzini, «L'Internazionale», en G. M. Bravo, *La Prima Internazionale*, vol. II, Editori Riuniti, Roma, 1978, pp. 499-501.

⁸¹ Véase H. Collins y Ch. Abramsky, *op. cit.*, p. 222.

⁸² Véase G. Haupt, *L'Internazionale socialista dalla Comune a Lenin*, *ibid.*, p. 28.

⁸³ *Ibid.*, pp. 93-95.

Esta enorme vitalidad se notó en todas partes. Se duplicó la asistencia a las reuniones del Consejo General, mientras que los periódicos vinculados a la Internacional aumentaron su tirada y sus ventas en general. Entre los que hicieron una importante contribución a la difusión de los principios socialistas estaban: *L'Égalité*, en Ginebra, al principio un periódico bakuninista y luego —tras el cambio de la redacción en 1870— el principal órgano de la Internacional en Suiza; *Der Volksstaat*, en Leipzig, el órgano del Partido Obrero Socialdemócrata; *La Emancipación*, en Madrid, que era el periódico oficial de la Federación Española; *El Gazzettino Rosa* en Milán, que ingresó a la Internacional luego de los eventos en París; *Socialisten*, el primer boletín informativo obrero danés; y, probablemente el más eficaz de todos, *La Réforme Sociale*, en Ruan⁸⁴. Finalmente, y lo más importante, la Internacional siguió expandiéndose a nivel local. Continuó creciendo en Bélgica y España —donde el nivel de la participación obrera ya había sido considerable antes de la Comuna de París— y tuvo su verdadera y propia fundación en Italia. Muchos mazzinianos, decepcionados con las posiciones tomadas por el que hasta entonces había sido su líder, unieron sus fuerzas con la organización y pronto estuvieron entre sus principales líderes locales. Aún más importante fue el apoyo de Giuseppe Garibaldi. Aunque él solo tenía una vaga idea de la Asociación, cuya sede central estaba en Londres⁸⁵, el «héroe de los dos mundos» decidió apoyarla con todas sus fuerzas y escribió una solicitud de afiliación que contenía la famosa frase: «¡La Internacional es el sol del futuro!»⁸⁶. Impresa en docenas de boletines y periódicos obreros, la carta fue decisiva para persuadir a muchos de quienes dudaban en unirse a la organización.

⁸⁴ Véase Georges Bourgin, Georges Duveau, Domenico De Marco, «Préface», en G. Del Bo (ed.), *op. cit.*, p. XV.

⁸⁵ Véase Nello Rosselli, *Mazzini e Bakunin*, Einaudi, Turín, 1927, pp. 323-324.

⁸⁶ Giuseppe Garibaldi a Giorgio Pallavicino, 14 de noviembre de 1871, en Enrico Emilio Ximenes, *Epistolario di Giuseppe Garibaldi*, vol. I, Brigola, Milán, 1885, p. 350.

La Internacional también abrió nuevas secciones en Portugal, donde fue fundada en octubre de 1871; en Dinamarca, en el mismo mes, comenzó a vincular a la mayoría de los recién nacidos sindicatos en Copenhague y Jutlandia. Otro importante acontecimiento fue la fundación de las secciones de trabajadores irlandeses en Inglaterra; y el líder obrero John MacDonnell fue nombrado secretario de Correspondencia del Consejo General para Irlanda. De otras diversas partes del mundo llegaron inesperadas solicitudes de afiliación: algunos trabajadores ingleses en Calcuta, grupos laboristas en Victoria, Australia y Christchurch, Nueva Zelanda y una cantidad de artesanos en Buenos Aires⁸⁷.

IX. LA CONFERENCIA DE LONDRES DE 1871

Ya habían pasado dos años desde el último congreso de la Internacional, pero, bajo las circunstancias vigentes, no podría hacerse uno nuevo. Por consiguiente, el Consejo General decidió organizar una conferencia en Londres; tuvo lugar entre el 17 y el 23 de septiembre de 1871, en presencia de veintidós delegados⁸⁸ de Inglaterra (Irlanda también era representada por primera vez), Bélgica, Suiza y España, más los exilados franceses. A pesar de los esfuerzos por hacer el acontecimiento tan representativo como fuera posible, de hecho, tenía más bien la forma de una reunión ampliada del Consejo General.

Marx había anunciado de antemano que la conferencia estaría dedicada «exclusivamente a cuestiones de organización y política»⁸⁹, dejando de lado las discusiones teóricas. Lo explicó en su primera sesión:

⁸⁷ Véase, al respecto, el reciente artículo de Horacio Tarcus, «The First International in Latin America» en F. Bensimon, Q. Deluermoz, J. Moisand (eds.), *«Arise Ye Wretched of the Earth»: The First International in a Global Perspective*, Brill, Leiden, 2018, pp. 253-269.

⁸⁸ En realidad, los delegados que participaron en la conferencia eran solo diecinueve, pues Cohen no pudo asistir, mientras Eugène Dupont y MacDonnell participaron solo en las primeras dos sesiones.

⁸⁹ K. Marx, 15 de agosto de 1871, en GC, IV, p. 259.

El Consejo General ha convocado una conferencia para acordar con delegados de diversos países las medidas que se necesita tomar contra los peligros que enfrenta la asociación en una gran cantidad de países, y para avanzar hacia una nueva organización acorde con las necesidades de la situación. En segundo lugar, para elaborar una respuesta a los gobiernos que están trabajando incesantemente para destruir la Asociación con todos los medios a su disposición. Y, por último, para resolver el conflicto suizo de una vez por todas⁹⁰.

Marx dedicó todas sus energías a estas prioridades: reorganizar la Internacional, defenderla de una ofensiva de las fuerzas hostiles y controlar la creciente influencia de Bakunin. Por lejos, el más activo delegado en la conferencia, Marx tomó la palabra ciento dos veces, bloqueando propuestas que no encajaban con sus planes, y persuadió a quienes todavía no estaban convencidos⁹¹. La reunión en Londres confirmó su estatura dentro de la organización, no solo como el cerebro que configuraba su línea política, sino también como uno de sus militantes más combativos y capaces.

La decisión más importante tomada en la conferencia, por la cual sería recordada posteriormente, fue la aprobación de la Resolución IX de Vaillant. El líder de los blanquistas —cuyas fuerzas residuales habían ingresado a la Internacional luego del fin de la Comuna de París— propuso que la organización se transformara en un partido centralizado, disciplinado, bajo la dirección del Consejo General. A pesar de algunas diferencias, particularmente sobre la posición blanquista de que un núcleo firmemente organizado de militantes era suficiente para la revolución, Marx no dudó en formar una alianza con el grupo de Vaillant: no solo para fortalecer la oposición al anarquismo bakuninista en la Internacional, sino, sobre todo, para crear un consenso más amplio para los cambios que se consideraban necesarios en la nueva fase de la lucha de clases. Por consiguiente, la resolución adoptada en Londres afirmaba:

⁹⁰ K. Marx, 17 de septiembre de 1871, en PI, II, p. 152.

⁹¹ Véase Miklós Molnár, *Le déclin de la Première Internationale*, Droz, Ginebra, 1963, p. 127.

Considerando que, contra este poder colectivo de las clases propietarias, la clase obrera no puede actuar como clase salvo constituyéndose en un partido político, diferente de y opuesto a todos los viejos partidos formados por las clases propietarias; que esta constitución de la clase obrera en un partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y su fin último: la abolición de las clases; y que la organización de fuerzas que la clase obrera ya ha realizado por sus luchas económicas debe, al mismo tiempo, servir como una palanca para sus luchas contra el poder político de señores de la tierra y los capitalistas.

La conclusión era clara: «el movimiento económico [de la clase obrera] y su acción política están indisolublemente unidos»⁹².

Mientras que el Congreso de Ginebra de 1866 establecía la importancia de los sindicatos, la Conferencia de Londres de 1871 cambió el centro hacia el otro instrumento clave del movimiento obrero moderno: el partido político. Se debe subrayar, sin embargo, que la comprensión de esto era mucho más amplia que la que se desarrolló en el siglo XX. Por consiguiente, a la concepción de Marx se la debe diferenciar de la de los blanquistas —con la cual terminó enfrentándose— y de la posterior leninista, tal como fue adoptada por las organizaciones comunistas luego de la Revolución de Octubre⁹³.

⁹² Documento 74 [Sobre la acción política de la clase obrera y otras cuestiones], véase *infra*, p. 459.

⁹³ A principios de la década de 1870, el movimiento obrero estaba organizado como un partido político solo en Alemania. El uso del término «partido», sea por los seguidores de Marx o de Bakunin, fue, por consiguiente, muy confuso. Hasta Marx usaba el término de una manera vaga. Para él, de acuerdo con Rubel (*op. cit.*, p. 183), «el concepto de partido [...] corresponde al concepto de clase». Es útil subrayar, finalmente, que el conflicto que tuvo lugar en la Internacional entre 1871 y 1872 no se centró sobre la construcción de un partido político (una expresión pronunciada solo dos veces en la Conferencia de Londres y cinco veces en el Congreso de La Haya), sino sobre el «uso [...] del adjetivo “político”» (G. Haupt, *op. cit.*, p. 84).

Para Marx, la autoemancipación de la clase obrera requería de un proceso largo y arduo; el polo opuesto a lo manifestado en el libro de Serguéi Necháyev (1847-1882), *El catecismo de un revolucionario*, cuya teoría y práctica de las sociedades secretas fue condenada por los delegados en Londres⁹⁴, pero fue entusiastamente apoyada por Bakunin. La resolución IX, criticada solo por cuatro delegados, fue apoyada también por muchos que, en seguida, se opusieron a ella. Desde entonces, la victoria de Marx pronto resultó ser efímera. Pues el llamado a establecer lo que suponía partidos políticos en cada país y conferir poderes más amplios al Consejo General tuvo graves repercusiones en la vida interna de la Internacional, puesto que esta no estaba preparada para pasar tan rápido de un modelo de organización flexible a uno políticamente uniforme⁹⁵.

En Londres, finalmente, se aprobó también el nacimiento de un Consejo Federal Inglés. Dado que, en opinión de Marx, las condiciones para una revolución en el continente habían disminuido con la derrota de la Comuna de París, ya no era necesario ejercer una estrecha supervisión sobre las iniciativas inglesas⁹⁶.

Marx estaba convencido de que, virtualmente, todas las principales federaciones y secciones locales seguirían las resoluciones de la conferencia, pero pronto tuvo que retroceder nuevamente. El 12 de noviembre, la Federación del Jura llamó a un congreso propio en la pequeña Comuna de Sonvilier; y, aunque Bakunin no pudo asistir, el congreso inició formalmente la oposición en la Internacional. En la Circular a todas las federaciones de la Asociación Internacional de Trabajadores, emitida al final de las

⁹⁴ Véase PI, II, p. 237; y K. Marx, «Declaración del Consejo General sobre el uso indebido del nombre de la Asociación Internacional de Trabajadores», en MECW, vol. 23, p. 23.

⁹⁵ Véase J. Freymond y M. Molnár, «The Rise and Fall of the First International» en Milorad M. Drachkovitch (ed.), *The Revolutionary Internationals. 1864-1943*, Stanford University Press, Stanford, 1966, p. 27.

⁹⁶ Véase H. Collins y Ch. Abramsky, *op. cit.*, p. 231. Para una opinión diferente, cf. M. Molnár, *op. cit.*, p. 135.

deliberaciones, Guillaume y los otros participantes acusaron al Consejo General de haber introducido el «principio de autoridad» en la Internacional y haber transformado su estructura original en «una organización jerárquica dirigida y gobernada por un comité». Los suizos se declararon «contra toda autoridad dirigente, aun cuando esa autoridad haya sido elegida y avalada por los trabajadores», e insistieron sobre la «retención del principio de autonomía de las secciones», de modo que el Consejo General se convertiría en «un simple buró de correspondencia y estadísticas»⁹⁷. Por último, llamaron a un congreso que debería celebrarse tan pronto como fuera posible.

Aunque la posición de la Federación del Jura no era inesperada, Marx probablemente se sorprendió cuando comenzaron a aparecer en otros sitios signos de inquietud e incluso rebelión contra su línea política. En diversos países, las decisiones tomadas en Londres fueron juzgadas como una inaceptable intrusión en la autonomía política local. La Federación Belga, que en la conferencia había tratado de mediar entre las diferentes posiciones, comenzó a adoptar una posición mucho más crítica hacia Londres; y, posteriormente, también los holandeses se distanciaron. En el sur de Europa, donde la reacción era aún mayor, la oposición pronto ganó un considerable apoyo. Es más, la gran mayoría de los internacionalistas ibéricos se expresó en contra del Consejo General y avaló las ideas de Bakunin, parcialmente, sin duda, debido a que tenían mayor contacto con una región en la que el proletariado industrial estaba presente solo en las principales ciudades y el movimiento obrero todavía era muy débil y estaba particularmente preocupado por demandas económicas. En Italia, también los resultados de la Conferencia de Londres fueron vistos en forma negativa. Quienes seguían a Mazzini se reunieron en Roma del 1.º al 6 de noviembre de 1871, en el Congreso General de Sociedades Obreras Italianas (el bloque laboral más moderado), mientras la mayoría de los restantes abrazaba las posiciones de Bakunin. Quienes se reunieron en Rímini, entre el 4

⁹⁷ VV. AA., «Circulaire du Congrès de Sonvilier», en PI, II, pp. 264-265.

y el 6 de agosto de 1872, para el congreso fundador de la Federación Italiana de la Internacional, tomaron la posición más radical contra el Consejo General: no participarían en el próximo congreso de la Internacional, sino que propusieron celebrar un «congreso general antiautoritario»⁹⁸ en Neuchâtel, Suiza. De hecho, este sería el primer acto de la inminente ruptura. La organización también vio estallar un serio conflicto del otro lado del Atlántico, aunque sobre diferentes cuestiones. En el curso de 1871, la Internacional había crecido allí en diversas ciudades, llegando a un total cincuenta secciones con una membresía conjunta de dos mil setecientos⁹⁹. El número aumentó más al año siguiente (probablemente hasta alrededor de cuatro mil), pero esto era todavía solo una pequeña proporción de la fuerza de trabajo norteamericana de dos millones o más, y la organización todavía no podía expandirse fuera de las comunidades inmigrantes para atraer a los trabajadores nacidos en los Estados Unidos. El conflicto interno también tuvo un efecto perjudicial, pues los internacionalistas norteamericanos, mayormente basados en Nueva York, se dividieron en dos en diciembre de 1871 y cada grupo afirmaba ser el legítimo representante de la Internacional en los EE. UU.

El primero e inicialmente mayor de los dos, conocido como el Consejo de Spring Street, propuso una alianza con los grupos más liberales de la sociedad norteamericana; pudo contar con el apoyo de Eccarius, el secretario de correspondencia para el Consejo General y su rama más activa era la sección 12¹⁰⁰. La segunda, con su sede central en el Hotel Tenth Ward, mantenía la orientación hacia la clase obrera y su figura más importante era Friedrich Adolph Sorge (1828-1906). En marzo de 1872, el Consejo General llamó a convocar un congreso de unidad

⁹⁸ VV. AA., «Risoluzione. Programa e regolamento della federazione italiana dell'Associazione Internazionale dei Lavoratori», en G. M. Bravo, *La Prima Internazionale*, *ibid.*, p. 787.

⁹⁹ Una docena de ellos, sin embargo, no estaban en contacto con el Comité Central. Véase Samuel Bernstein, *The First International in America*, Augustus M. Kelley, Nueva York, 1965, p. 65.

¹⁰⁰ Las secciones de la Internacional en los Estados Unidos eran numeradas.

en julio, pero la iniciativa fracasó y la ruptura se oficializó en mayo. Las diferencias causaron una hemorragia de miembros de la Internacional. El grupo del Hotel Tenth Ward organizó su congreso entre el 6 y el 8 de julio de 1872, creando la Confederación Norteamericana, con novecientos cincuenta miembros, distribuidos en veintidós secciones (doce alemanas, cuatro francesas, una cada una de irlandeses, italianos y escandinavos, y solo tres de habla inglesa). El Spring Street Council contaba con la mayor parte de los militantes residentes en Nueva York. Mientras tanto, en mayo de 1872, algunos de sus miembros adhirieron a la convención del Partido de la Igualdad de Derechos (Equal Rights Party), que presentaba a Victoria Woodhull para la presidencia de los Estados Unidos; su falta de una plataforma de clase, con nada más que promesas generales de regulación de las condiciones laborales y medidas de creación de empleos, persuadió a algunas secciones a abandonar el Consejo, dejándolo solamente con mil quinientos miembros. Luego del nacimiento de la Confederación Americana, en julio, el Consejo retuvo solo trece secciones con un total de menos de quinientos miembros (principalmente artesanos e intelectuales), pero estos unieron sus fuerzas con las federaciones europeas que cuestionaban la línea del Consejo General. El enfrentamiento al otro lado del Atlántico también dañó las relaciones entre los miembros en Londres. John Hales (1839-desc.), el secretario del Consejo General desde 1871 hasta 1872, asumió el puesto de Eccarius como secretario de correspondencia con EE. UU., pero siguió la misma política. Muy pronto, empeoraron las relaciones personales de ambos con Marx, y en Gran Bretaña también comenzaron a surgir los primeros conflictos internos. Junto a los ingleses, el apoyo para el Consejo General también provino de la mayoría de los suizos, de los franceses (ahora mayoritariamente blanquistas), las débiles fuerzas alemanas, las recién constituidas secciones en Dinamarca, Irlanda y Portugal y los grupos europeos orientales en Hungría y Bohemia. Pero ellos sumaron mucho menos de lo que Marx había esperado, al finalizar la conferencia londinense.

La oposición al Consejo General tenía un carácter variado y a veces provino de motivos principalmente personales; se vino a formar una extraña alquimia que hizo más difícil dirigir la Internacional. Aun así, más allá de la fascinación con las teorías de Bakunin en ciertos países y la capacidad de Guillaume para unificar a los diversos opositores, el principal factor que militaba contra la resolución sobre la «Acción política de la clase obrera» era un ambiente que no estaba dispuesto a aceptar el avance cualitativo propuesto por Marx. Aun con todas las afirmaciones de ductilidad que lo acompañaban, el giro de Londres era visto por muchos como una burda interferencia; no solo el grupo ligado a Bakunin, sino la mayoría de las federaciones y las secciones locales consideraban el principio de autonomía y respeto por las diversas realidades que componían la Internacional como uno de los pilares de ella. Este error de cálculo por parte de Marx aceleró la crisis de la organización¹⁰¹.

X. LA CRISIS DE LA INTERNACIONAL

La batalla final llegó hacia el final del verano de 1872. Luego de los terribles acontecimientos de los tres años anteriores —la guerra franco-prusiana, la ola de represión luego de la Comuna de París, las numerosas escaramuzas internas—, la Internacional pudo al fin volver a celebrar un congreso. En los países donde había echado raíces recientemente se estaba expandiendo, mediante los esfuerzos entusiastas de líderes sindicales y activistas obreros alentados por sus consignas: fue en 1872 cuando la organización experimentó su más rápido crecimiento en Italia, Dinamarca, Portugal y los Países Bajos, al mismo tiempo que era prohibida en Francia, Alemania y el Imperio austrohúngaro. Pero la mayoría de los miembros no eran conscientes de la gravedad de los conflictos que hacían estragos en su grupo dirigente¹⁰².

¹⁰¹ Véase J. Freymond y M. Molnár, *op. cit.*, pp. 27-28.

¹⁰² Véase G. Haupt, *L'Internazionale socialista dalla Comune a Lenin*, *ibid.*, p. 88.

El Quinto Congreso de la Internacional tuvo lugar en La Haya, entre el 2 y el 7 de septiembre; asistieron sesenta y cinco delegados de un total de catorce países. La mayoría estaba compuesta por franceses y alemanes; respectivamente, dieciocho (muchos de los cuales integraban el Consejo General, que había cooptado también a cuatro blanquistas) y quince. Siete eran los belgas, cinco respectivamente de Inglaterra y España, cuatro de Suiza y Holanda, dos austríacos y un único delegado de Dinamarca, Irlanda, Hungría y Polonia. El francés Paul Lafargue había sido designado también por la Federación de Lisboa; mientras que W. E. Harcourt (¿?), por la sección de Victoria, en Australia. Los internacionalistas italianos no pudieron enviar a sus siete delegados, pero, aun así, era ciertamente la reunión más representativa en la historia de la Internacional.

La importancia crucial del evento impulsó a Marx a asistir personalmente¹⁰³, acompañado por Engels. De hecho, fue el único congreso de la organización en el que tomó parte. Ni De Paepe (quizás consciente de que no podría jugar el mismo rol mediador, como en Londres el año anterior), ni Bakunin fueron a la capital de Holanda. Pero el contingente «autonomista», opuesto a las decisiones del Consejo General, estuvo presente en gran número, comprendiendo a todos los delegados de Bélgica, España y los Países Bajos, la mitad de los de Suiza, más otros de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos: veinticinco asistentes en total.

Por una ironía del destino, el congreso se desarrolló en el Concordia Hall, aunque hubo pocas evidencias del mismo; todas las sesiones se caracterizaron por un antagonismo irreducible entre los dos campos, dando como resultado debates que fueron mucho más pobres que en los dos congresos previos. Esta hostilidad se exacerbó por tres días de discusiones esté-

¹⁰³ Véase K. Marx a Ludwig Kugelmann, 29 de julio de 1872 (*Cartas a Kugelmann, ibid.*, p. 138), donde señala que «se juega el futuro de la Asociación. Y es mi intención, antes de retirarme, intentar al menos protegerla contra los elementos disolventes».

riles sobre la verificación de las credenciales. La representación de los delegados fue, por cierto, totalmente sesgada y no reflejó la verdadera relación de fuerzas en la organización. En Alemania, por ejemplo, no había secciones de la Internacional como tal, mientras que en Francia habían pasado a la clandestinidad y sus mandatos eran altamente discutibles. Otros representantes habían sido delegados como miembros del Consejo General y no expresaban la voluntad de ninguna sección.

La aprobación de las resoluciones del Congreso de La Haya fue posible solo debido a su composición distorsionada. Aunque espuria y, en muchos aspectos, solo unida por la instrumentalidad del propósito, la coalición de delegados que estaba en minoría en el congreso, en realidad constituía la parte más numerosa de la Internacional¹⁰⁴.

La decisión más importante tomada en La Haya fue incorporar la resolución IX de la Conferencia de Londres, en 1871, en los estatutos de la Asociación, como un nuevo artículo 7.º. En tanto los *Estatutos provisionales* de 1864 habían afirmado que «la emancipación económica de las clases obreras es, por lo tanto, el gran fin al cual todo movimiento político debe estar subordinado como un medio»¹⁰⁵, esta inserción reflejaba la nueva relación de fuerzas en la organización. La lucha política ahora era el instrumento necesario para la transformación de la sociedad, dado que:

Los señores de la tierra y los señores del capital emplearán siempre sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos. Lejos de fomentar la emancipación de los trabajadores, tratarán siempre de entorpecerla por todos los medios [...]. De ahí que el gran deber de las clases obreras sea conquistar el poder político¹⁰⁶.

¹⁰⁴ Véase James Guillaume, *L'Internationale. Documents et Souvenirs (1864-1878)*, vol. II, Burt Franklin, Nueva York, 1969 [1907], pp. 333-334; cf. J. Freymond, «Introduction», en PI, I, p. 25.

¹⁰⁵ Documento 74, véase *infra*, p. 457.

¹⁰⁶ *Idem*.

La Internacional era ahora muy diferente de lo que había sido en la época de su fundación: los componentes radicales democráticos se habían ido, luego de haber sido crecientemente marginalizados; los mutualistas habían sido derrotados y muchos convertidos; los reformistas ya no constituían el grueso de la organización (salvo en Inglaterra); y el anticapitalismo había pasado a ser la línea política de toda la Asociación, como también de las tendencias formadas recientemente, como la de los anarcocolectivistas. Además, aunque los años de la Internacional habían sido testigos de un grado de prosperidad económica que, en algunos casos, hizo que las condiciones fueran menos graves, los trabajadores comprendían que el cambio real llegaría no mediante esos paliativos, sino solo mediante el fin de la explotación humana. También estaban basando sus luchas cada vez más en sus propias necesidades materiales, en lugar de en las iniciativas de los grupos particulares a los que pertenecían.

El panorama más amplio también era radicalmente diferente. La unificación de Alemania en 1871 confirmó el comienzo de una nueva era, en la que el Estado-nación sería la forma central de la identidad política, legal y territorial; esto puso un signo de interrogación en cualquier organismo supranacional que se financiara mediante las cotizaciones de los miembros en cada país individual, y requería que sus miembros cedieran una porción considerable de su liderazgo político. Al mismo tiempo, las crecientes diferencias entre movimientos y organizaciones nacionales le dificultaban extremadamente al Consejo General la creación de una síntesis política capaz de satisfacer las demandas de todos. Es verdad que, desde el comienzo, la Internacional había sido una aglomeración de sindicatos y asociaciones políticas que no era fácil de reconciliar, y que aquellos representaban sensibilidades y tendencias políticas, mucho más que organizaciones propiamente dichas. Sin embargo, hacia 1872, los diversos componentes de la Asociación —y, más generalmente, las luchas obreras— se habían definido y estructurado mucho más claramente.

La legalización de los sindicatos ingleses los había vuelto oficialmente parte de la vida política nacional; la Federación Belga de la Internacional era una organización diversificada, con una dirección central capaz de hacer contribuciones importantes y autónomas a la teoría; Alemania tenía dos partidos obreros, el Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania y la Asociación General de los Trabajadores Alemanes, cada uno con su representación en el parlamento; los trabajadores franceses, desde Lyon hasta París, ya habían tratado de «tomar al cielo por asalto»; y la Federación Española se había ampliado hasta encontrarse a punto de convertirse en una organización de masas. En otros países habían ocurrido cambios similares.

La configuración inicial de la Internacional se había vuelto, pues, anticuada, justamente cuando su misión original había llegado a su fin. La tarea ya no era prepararse y organizar el apoyo, a nivel de toda Europa, de las huelgas, ni para convocar congresos sobre la utilidad de los sindicatos o la necesidad de socializar la tierra y los medios de producción. Esos temas ahora eran parte de la herencia colectiva de la organización en su conjunto. Luego de la Comuna de París, el verdadero desafío para el movimiento obrero era de carácter revolucionario: ¿de qué modo organizarse para terminar con el modo capitalista de producción y derrocar a las instituciones del mundo burgués?

Ya no era cuestión de cómo reformar la sociedad existente, sino de cómo construir una nueva¹⁰⁷. Para este nuevo avance en la lucha de clases, Marx pensaba que era indispensable construir partidos políticos de la clase obrera en cada país. El documento *Al Consejo Federal de la Región Española de la Asociación Internacional de Trabajadores*, escrito por Engels en febrero de 1871, fue una de las declaraciones más explícitas del Consejo General sobre esta cuestión:

En todas partes, la experiencia mostró que la mejor manera de emancipar a los trabajadores de esa dominación de los viejos partidos es formar, en cada país, un partido proletario con una política propia, manifiestamente

¹⁰⁷ Véase J. Freymond, «Introduction», en PI, I, p. X.

distinta de la de otros partidos, puesto que tiene que expresar las condiciones necesarias para la emancipación de la clase obrera. Esa política puede variar en detalles, de acuerdo con las circunstancias específicas de cada país; pero mientras las relaciones fundamentales entre el trabajo y el capital sean las mismas en todas partes y la dominación política de las clases propietarias sobre las clases explotadas sea un factor que existe en todas partes, los principios y objetivos de la política proletaria serán los mismos, al menos en todos los países occidentales. [...] Dejar de combatir a nuestros adversarios en el campo político significaría abandonar una de las armas más poderosas, particularmente en la esfera de la organización y la propaganda¹⁰⁸.

A partir de ese momento, por consiguiente, el partido fue considerado esencial para la lucha del proletariado: tenía que ser independiente de todas las fuerzas políticas existentes y ser construido, programática y organizativamente, de acuerdo con el contexto nacional. El primer punto fue rebatido por Marx en la sesión del Consejo General del 23 de julio de 1872. Marx no solo criticó a los abstencionistas (que habían estado atacando la resolución IX de la Conferencia de Londres), sino también a la igualmente peligrosa posición de «las clases trabajadoras de Inglaterra y Norteamérica», «que permitirían a las clases medias usarlas para sus propósitos políticos»¹⁰⁹. Esta segunda cuestión había sido repetida por Marx en varias ocasiones. Él había declarado ya en la Conferencia de Londres que «la política debe ser adaptada a las condiciones de todos los países»¹¹⁰ y al año siguiente, en un discurso en Ámsterdam inmediatamente posterior al Congreso de La Haya, volvió sobre la cuestión de la forma de la lucha política:

Algún día el trabajador deberá tomar el poder político para construir la nueva organización del trabajo; deberá derrocar a los viejos políticos que sostienen las viejas instituciones, si no

¹⁰⁸ Documento 69 [Sobre la importancia de la lucha política], véase *infra*, pp. 445-446.

¹⁰⁹ K. Marx, 23 de julio de 1872, en GC, V, p. 263.

¹¹⁰ K. Marx, 20 de septiembre de 1871, en PI, II, p. 195.

quiere perder el paraíso terrenal, como los antiguos cristianos, que descuidaron y despreciaron la política. Pero no hemos afirmado que las formas de alcanzar esa meta sean las mismas en todas partes [...] no negamos que hay países [...] donde los trabajadores pueden alcanzar su objetivo por medios pacíficos. Por esta razón, también debemos reconocer el hecho de que, en la mayoría de los países del continente, la palanca de nuestra revolución debe ser la fuerza; es la fuerza a la que algún día deberemos apelar para erigir el gobierno de los obreros¹¹¹.

De este modo, aunque surgieron de diferentes formas en diferentes países, los partidos obreros no se deben subordinar a los intereses nacionales¹¹². La lucha por el socialismo no podía limitarse de esa manera; y, especialmente en el nuevo contexto histórico, el internacionalismo debía continuar siendo el faro que guía al proletariado, como también la vacuna contra el abrazo mortal del Estado y el sistema capitalista.

Durante el Congreso de La Haya, las ásperas polémicas precedieron a una serie de votaciones. Luego de la aprobación del artículo 7.º, se inscribió en los estatutos el objetivo de conquistar el poder político y también se indicó que el instrumento esencial para esto es un partido obrero. La siguiente decisión de conferir amplios poderes al Consejo General —con treinta y dos votos a favor, seis en contra y doce abstenciones— hizo la situación aún más intolerable para la minoría, dado que el Consejo General ahora tenía la tarea de asegurar «la rígida observación de principios y estatutos y reglas generales de la Internacional» y «el derecho a suspender ramas, secciones, consejos o comités federales y federaciones de la Internacional hasta el siguiente congreso»¹¹³.

¹¹¹ K. Marx, «Sobre el Congreso de La Haya» en MECW, vol. 23, 1988, p. 255.

¹¹² Véase G. Haupt, *op. cit.*, p. 100.

¹¹³ PI, II, p. 374. La oposición ya había propugnado reducir al poder del Consejo General en el Congreso de Sonvilier (véase *supra*, n. 97), pero Marx declaró en La Haya: «preferiríamos abolir al Consejo General antes que verlo reducirse a un rol de buzón» (PI, II, p. 354).

Por primera vez en la historia de la Internacional, su Congreso Supremo votó expulsiones. La decisión del Consejo General de suspender a la sección 12 de Nueva York fue posteriormente ratificada por el congreso (con cuarenta y siete a favor y nueve abstenciones). Su motivo era el siguiente: «La Asociación Internacional de los Trabajadores está basada en el principio de la abolición de las clases y no puede admitir ninguna sección burguesa»¹¹⁴. Las expulsiones de Bakunin (veinticinco a favor, seis en contra, siete abstenciones) y Guillaume (veinticinco a favor, nueve en contra, ocho abstenciones) también causaron mucha agitación, ya que fue propuesta por una comisión a la que le fue encargada una investigación sobre la Alianza para la Democracia. En el informe presentado al congreso, la comisión declaró que «la Alianza secreta había sido fundada con estatutos completamente opuestos a los de la Internacional»¹¹⁵. Sin embargo, la propuesta de expulsar a Adhémar Schwitzguébel (1844-1895), uno de los fundadores y más activos miembros de la Federación de Jura, contra quien fueron levantadas las mismas acusaciones que contra Guillaume, fue rechazada (por una votación de quince a favor, diecisiete en contra y siete abstenciones)¹¹⁶.

Finalmente, el congreso autorizó la publicación de un largo informe, *La Alianza para la Democracia Socialista y la Asociación Internacional de los Trabajadores*, que trazaba la historia de la organización dirigida por Bakunin y analizaba su actividad pública y secreta país por país. Escrito por Engels, Lafargue y Marx, el documento fue publicado en francés en julio de 1873.

La oposición en el congreso no fue uniforme en su respuesta a estos ataques; algunos se abstuvieron y otros votaron en contra. En el día final, sin embargo, una declaración conjunta leída en voz alta por el obrero Victor Dave (1845-1922), de la sección de La Haya, decía:

¹¹⁴ PI, II, p. 376.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 377.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 378. Luego de esta votación se decidió no seguir con las otras expulsiones propuestas por la comisión.

1. Nosotros los [...] partidarios de la autonomía y la federación de grupos de trabajadores continuaremos nuestras relaciones administrativas con el Consejo General [...].
2. Las federaciones que representamos establecerán relaciones directas y permanentes entre ellas y todas las ramas regulares de la Asociación [...].
3. Llamamos a todas las federaciones y secciones a preparar, entre hoy y el próximo congreso general, el triunfo en la Internacional de los principios de la autonomía federativa como la base de la organización de los trabajadores¹¹⁷.

Esta declaración fue más una hábil maniobra de la oposición, concebida para eludir la responsabilidad de una ruptura que, por entonces, parecía inevitable, que una seria iniciativa política para relanzar la organización. En este sentido, era similar a las propuestas de los centralistas para aumentar los poderes del Consejo General, en un momento en que ya estaban planeando una alternativa mucho más drástica.

Pues lo que tuvo lugar en la sesión matutina del 6 de septiembre —la más dramática del congreso— fue el acto final de la Internacional, tal como había sido concebida y construida durante años. Engels se puso de pie para hablar y, para asombro de todos los presentes, propuso que «la sede del Consejo General [debería] ser transferida a Nueva York para el año 1872-1873, y que debería estar formado por miembros del Consejo Federal Norteamericano»¹¹⁸. Pocas palabras alteraban sólidas certezas. El Consejo General sería reubicado del otro lado del océano, lejísimos de las federaciones europeas. De este modo, Marx y otros «fundadores» de la Internacional ya no serían parte de su organismo central, que constaría de personas cuyos propios nombres eran desconocidos (Engels propuso a siete, con la opción de aumentar el total a un máximo de quince miembros). El delega-

¹¹⁷ VV. AA., [Declaración de la minoría], en HAGUE, pp. 199-200.

¹¹⁸ F. Engels, 5 de septiembre de 1872, en PI, II, p. 355.

do Maltman Barry (1842-1909), que apoyaba las posiciones de Marx, describió mejor que nadie la reacción de la sala:

En las caras del partido del disenso se veían claramente escritos la consternación y el desagrado mientras [Engels] pronunciaba las últimas palabras [...]. Pasó algún tiempo antes de que alguien se levantara para hablar. Era un *coup d'État* y cada uno miraba a su vecino para romper el hechizo¹¹⁹.

Engels argumentó que «los conflictos entre grupos habían alcanzado tales niveles que [el Consejo General] tenía que ser transferido a otro lugar»¹²⁰, y que Nueva York era la elección más adecuada en épocas de represión. Pero los blanquistas se opusieron violentamente al traslado, sobre la base de que «la Internacional debe antes que nada ser la organización insurreccional permanente del proletariado»¹²¹ y que «cuando un partido se une para la lucha [...] su acción es mayor cuanto más activa, bien armada y poderosa es su dirección». Vaillant y otros seguidores de Blanqui presentes en La Haya se sintieron de esta manera traicionados cuando vieron que «la dirección» era despachada por barco «al otro lado del Atlántico [aunque] el organismo armado estaba luchando en [Europa]»¹²². Basado en el supuesto de que la Internacional había tenido un papel iniciático de la lucha económica», ellos querían que desempeñara «un papel similar con respecto a la lucha política», y su transformación en un «partido revolucionario internacional»¹²³. Después de darse cuenta de

¹¹⁹ Maltman Barry, «Report of the Fifth Annual General Congress of the International Working Men's Association, Held at the Hague, Holland, September 2-9, 1872», en Hans Gerth, *The First International: Minutes of The Hague Congress of 1872*, University of Wisconsin Press, Madison, 1958, pp. 279-280. Este informe no aparece en HAGUE.

¹²⁰ F. Engels, 5 de septiembre de 1872, en PI, II, p. 356.

¹²¹ Édouard Vaillant, *Internationale et Révolution. A propos du Congrès de La Haye*, en PI, vol. III, p. 140.

¹²² *Ibid.*, p. 142.

¹²³ *Ibid.*, p. 144.

la imposibilidad de conciliar con las decisiones aprobadas por la mayoría y que, a causa de su reubicación, ya no sería posible ejercer ningún control sobre el Consejo General, los blanquistas dejaron el congreso y, poco después, la Internacional.

Muchos, incluso entre las filas de la mayoría, votaron contra el traslado a Nueva York, como algo que equivalía al fin de la Internacional como estructura operacional. La decisión, aprobada por solo tres votos (veintiséis a favor, veintitrés en contra), eventualmente dependió de nueve abstenciones y del hecho de que algunos miembros de la minoría estaban satisfechos de ver que el Consejo General se reubicaba lejos de sus centros de actividad.

Otro factor en el traslado fue, por cierto, la opinión de Marx de que era mejor sacrificar la Internacional que verla terminando como una organización sectaria en las manos de sus adversarios. La desaparición de la Internacional, que habría seguramente seguido a la transferencia del Consejo General a Nueva York, era infinitamente preferible a una larga e irresponsable sucesión de luchas fratricidas.

Aun así, no es convincente argumentar —como lo han hecho muchos¹²⁴— que el principal motivo para la decadencia de la Internacional fue el conflicto entre sus dos corrientes, o incluso entre dos hombres, Marx y Bakunin, no obstante el gran prestigio de ambos. Las razones de su fin deben buscarse en otro lugar. Fueron los cambios que estaban teniendo lugar en el contexto mundial los que tornaron obsoleta la Internacional. El crecimiento y la transformación de las organizaciones del movimiento obrero, el fortalecimiento del Estado-nación como un resultado de la unificación italiana y la alemana, la expansión de la Internacional en países como España e Italia (donde las condiciones económicas y sociales eran muy diferentes de las que

¹²⁴ Para un análisis crítico de estas posiciones, véase M. Molnár, «Quelques remarques a propos de la crise de l'Internationale en 1872», en *op. cit.*, p. 439.

regían en Gran Bretaña o Francia), el giro hacia una mayor moderación en el movimiento sindical inglés, la represión posterior a la Comuna de París: todos estos factores hicieron que la configuración original de la Internacional se volviera inapropiada para los nuevos tiempos.

En ese contexto, en el que prevalecían las tendencias centrífugas, los acontecimientos de la Internacional y sus principales protagonistas, naturalmente, también jugaron un papel. La Conferencia de Londres, por ejemplo, distaba de ser el acto salvador que Marx esperaba que fuera; en realidad, su rígida conducta agravó significativamente la crisis interna, pues no pudo tener en cuenta los ánimos que prevalecían ni desarrollar la previsión o perspectiva necesarias para evitar el fortalecimiento de Bakunin y su grupo¹²⁵. Para Marx resultó ser una victoria pírrica, que, intentando resolver conflictos internos, terminó acentuándolos. Sin embargo, es un hecho que las decisiones tomadas en Londres solo aceleraron un proceso que ya estaba en curso y era imposible revertir.

Además de todas estas consideraciones históricas y organizativas, había otras de un peso no menor en relación con su principal protagonista. Como Marx había recordado a los delegados en una sesión de la Conferencia de Londres en 1871, «el trabajo del Consejo se había vuelto inmenso, obligado como estaba él a enfrentar cuestiones generales y cuestiones nacionales»¹²⁶. La Internacional, además, había aumentado su dimensión. Ya no era la pequeña organización de 1864, que caminaba con una pierna inglesa y otra francesa; ahora estaba presente en todos los países europeos, cada uno con sus problemas y características particulares. No solo estaba carcomida la organización por conflictos internos, sino que la llegada de los comuneros exilados a Londres, con nuevas preocupaciones y un heterogéneo bagaje de ideas, hizo aún más difícil para el Consejo General desempeñar su tarea de crear una síntesis política en una

¹²⁵ M. Molnár, *op. cit.*, p. 144.

¹²⁶ K. Marx, 22 de septiembre de 1872, en PI, II, p. 217.

organización dividida en todas partes, que se había convertido en una empresa cada vez más difícil de sostener, con una enorme acumulación de trabajo, mucho mayor que en la época de su fundación. Marx se había visto puesto a prueba dolorosamente después de ocho años de intensa actividad para la Internacional¹²⁷.

Consciente —era esta la primera entre todas sus preocupaciones— de que las fuerzas obreras estaban en retroceso luego de la derrota de la Comuna de París, resolvió dedicar los años por delante al intento de completar a *El capital*. Cuando cruzó el Mar del Norte hacia los Países Bajos, debió de haber sentido que la batalla que le esperaba sería la última importante en la que intervendría como protagonista directo.

Desde la figura muda a la que él se había reducido en esa primera reunión en St. Martin's Hall en 1864, había pasado a ser reconocido como el líder de la Internacional, no solo por los delegados en los congresos y en el Consejo General, sino también por el público más vasto. Así, aunque la Internacional debía ciertamente mucho a Marx, también había hecho mucho para cambiar su vida. Antes de su fundación, él solo era conocido en pequeños círculos de activistas políticos. Luego y, sobre todo, después de la Comuna de París —así como de la publicación de su obra magna en 1867, por supuesto—, su fama se propagó entre todos los revolucionarios en muchos países europeos, hasta el punto de que la prensa se refería a él como el «doctor del Terror Rojo». La responsabilidad que derivó de su papel en la Internacional —que le permitió vivir tan de cerca tantas luchas económicas y políticas— fue un estímulo adicional para sus reflexiones sobre el comunismo y enriqueció profundamente al conjunto de su teoría anticapitalista.

¹²⁷ K. Marx a César de Paepe, 28 de mayo de 1872 (MECW, vol. 44, p. 387): «Apenas si puedo esperar al próximo congreso. Será el fin de mi esclavitud. Luego de eso volveré a ser un hombre libre; ya no aceptaré más funciones administrativas, ni para el Consejo General ni para el Consejo Federal Británico».

XI. MARX VERSUS BAKUNIN

En los meses que siguieron al Congreso de La Haya, la batalla entre los dos campos se intensificó en forma iracunda, pero solo en pocos casos se centró en sus diferencias teóricas e ideológicas existentes. A menudo, Marx eligió caricaturizar las posiciones de Bakunin, pintándolo como un defensor de la «igualación de las clases»¹²⁸ (basado en los principios del programa de 1869 de la Alianza para la Democracia Socialista) o de abstencionismo liso y llano. El anarquista ruso, por su parte, que carecía de las capacidades teóricas de su adversario, prefería el terreno de las acusaciones e insultos personales. La única excepción en la que expuso sus ideas positivas fue la *Carta a «La Liberté»* (un periódico de Bruselas) a principios de 1872; un texto que quedó inconcluso y resultó, por tanto, poco útil para los seguidores de Bakunin en las batallas de aquellos años. En ella surge claramente la posición política de los «autonomistas»:

Solo hay una ley obligatoria para todas las secciones y federaciones miembros de la Internacional [...]. Es la solidaridad internacional de los trabajadores en todos los oficios y todos los países, en su lucha económica contra los explotadores de la clase obrera y la federación absolutamente libre [...] que constituye la unidad real y viviente de la Internacional. ¿Quién puede dudar de que la lucha política del proletariado contra la burguesía debe surgir y crecer en el seno de esta organización cada vez más vasta de la solidaridad militante del proletariado contra la explotación burguesa? Los marxistas y nosotros coincidimos de manera unánime en esta cuestión. Pero ahora viene la pregunta que nos separa tan profundamente de los marxistas. Nosotros pensamos que la política del proletariado debe ser necesariamente una política revolucionaria, dirigida directa y únicamente a la destrucción de los Estados. No podemos ver cómo es posible hablar de solidaridad internacional y todavía intentar preservar a los Estados [...] porque, por su propia naturaleza, el Estado es una

¹²⁸ Véase *supra*, n. 52.

grieta en esa solidaridad y, por consiguiente, una causa permanente de guerra. Ni podemos concebir cómo es posible hablar de la libertad del proletariado o la auténtica liberación de las masas en y por medio del Estado. El Estado significa dominio; y todo dominio implica la subyugación de las masas y, por consiguiente, su explotación en beneficio de alguna minoría dominante. No aceptamos, ni siquiera en el proceso de la transición revolucionaria, ni asambleas constituyentes, ni gobiernos provinciales o las denominadas dictaduras revolucionarias; porque estamos convencidos de que la revolución solo es sincera, honesta y auténtica en manos de las masas, y que cuando se concentra en las de unos pocos individuos gobernantes, inevitable e inmediatamente se convierte en reacción¹²⁹.

No tendría fundamento reducir la posición de Bakunin al abstencionismo político de matriz mutualista que, en los primeros años de vida de la Internacional, había pesado tan negativamente sobre muchas cuestiones. Sin duda, Proudhon y Bakunin compartían la más intransigente oposición a cualquier tipo de autoridad política, aún más si se corporeizaba en la forma del Estado. Si los mutualistas ejercían su abstencionismo de modo pasivo, renunciando de hecho a cualquier actividad política, los autonomistas, en cambio —como subrayó Guillaume en uno de sus últimos discursos en el Congreso de La Haya—, eran «partidarios de una determinada política, de la revolución social, de la destrucción de la política burguesa y del Estado»¹³⁰. Debemos reconocer que ellos estaban entre los componentes revolucionarios de la Internacional y que presentaban una interesante contribución crítica sobre las cuestiones del poder político, el Estado y la burocracia.

Entonces, ¿en qué se diferenciaba la «política negativa» que los autonomistas veían como la única forma posible de acción, de la «política positiva» que propugnaban los centralistas? En las reso-

¹²⁹ M. Bakunin, «Una carta al Consejo Editorial de *La Liberté*, en A. Lehning (comp.), *Michael Bakunin: Selected Writings*, *ibid.*, pp. 236-237.

¹³⁰ Documento 76 [La política anarquista], véase *infra*, p. 465.

luciones del Congreso Internacional de Saint-Imier, realizado entre el 15 y el 16 de septiembre de 1872 por propuesta de la Federación Italiana, y al que asistieron otros delegados que regresaban de La Haya, se afirma que «toda organización política no puede ser otra cosa que la organización de la dominación, para beneficio de una clase y en detrimento de las masas; y que, si el proletariado buscaba tomar el poder, se convertiría en una clase dominante y explotadora». Por consiguiente —y fue esta afirmación la que dio entidad al concepto de «revolución pasiva»—, «la destrucción de todo poder político es la primera tarea del proletariado» y «cualquier organización del denominado poder político provisional y revolucionario para propiciar esa destrucción, solo puede ser otra decepción y sería tan peligrosa para el proletariado como todos los gobiernos que hoy existen»¹³¹. Como afirmó Bakunin en otro texto incompleto, «La Internacional y Karl Marx», la tarea de la Internacional era conducir al proletariado «fuera de la política del Estado y del mundo burgués»; la verdadera base de su programa debe ser «muy simple y moderada: la organización de la solidaridad en la lucha económica de los trabajadores contra el capitalismo»¹³². De hecho, aunque tomando en cuenta varios cambios, esta declaración de principios era similar a los objetivos originales de la organización y apuntaba en una dirección muy diferente de la asumida por Marx y el Consejo General, luego de la Conferencia de Londres de 1871¹³³.

Esta profunda divergencia de principios y objetivos fue la que conformó el clima en La Haya. En tanto la mayoría buscaba la conquista «positiva» del poder político¹³⁴, los autonomistas pintaban al partido político como un instrumento necesariamente

¹³¹ Documento 78 [La destrucción del poder político], véase *infra*, p. 472.

¹³² M. Bakunin, «The International and Karl Marx», en Sam Dolgoff (ed.), *Bakunin on Anarchy*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1971, p. 903.

¹³³ Sobre el rechazo de Bakunin a la conquista del Estado por la clase obrera organizada en un partido político, véase A. Lehning, «Introduction», *ibid.*, p. CVII.

¹³⁴ Véase Guillaume, *op. cit.*, p. 342.

subordinado a las instituciones burguesas y comparaban grotescamente la concepción del comunismo de Marx con el *Volksstaat* (Estado popular) lassalleano, al que él siempre había combatido incansablemente¹³⁵. Sin embargo, en los pocos momentos en que el antagonismo dejaba algún espacio para el razonamiento, Bakunin y Guillaume reconocían que los dos lados compartían las mismas aspiraciones¹³⁶. En *Las rupturas ficticias en la Internacional*, que escribió con Engels, Marx había explicado que una de las precondiciones de la sociedad socialista era la eliminación del poder del Estado:

Todos los socialistas ven a la anarquía como el siguiente programa: una vez alcanzado el objetivo del movimiento proletario —esto es, la abolición de las clases—, desaparece el poder del Estado, que sirve para mantener a la gran mayoría de los productores sometida a una pequeña minoría de explotadores y las funciones del gobierno se convierten en simples funciones administrativas.

La diferencia irreconciliable provenía de la insistencia autonomista de que el objetivo debe ser realizado inmediatamente. Es más, dado que ellos consideraban a la Internacional, no como un instrumento de lucha política, sino como un modelo ideal para la sociedad del futuro en el que no existiría ningún tipo de autoridad (según lo describe Marx), Bakunin y sus seguidores proclaman la anarquía en las filas proletarias como el medio más infalible de quebrar a la poderosa concentración de las fuerzas sociales y políticas en las manos de los explotadores. Bajo ese pretexto, pide a la Internacional, en un momento en que el viejo mundo busca una manera de aplastarla, la sustitución de su organización por la anarquía¹³⁷.

¹³⁵ Esta acusación fue reiterada por Bakunin en la única obra importante que pudo completar: «La teoría de Marx ofrecía un punto de convergencia: un Estado vasto, unificado, fuertemente centralizado. Esto es lo que quería Lassalle, y que Bismarck ya estaba haciendo. ¿Por qué no debían unirse sus fuerzas?» (M. Bakunin, *Statism and Anarchy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, p. 184).

¹³⁶ Véase, por ejemplo, Guillaume, *op. cit.*, pp. 298-299.

¹³⁷ Documento 75, véase *infra*, p. 464.

De este modo, a pesar de su acuerdo sobre la necesidad de abolir las clases y el poder político del Estado en la sociedad socialista, los dos bandos difieren radicalmente sobre las cuestiones fundamentales del camino a seguir y las fuerzas sociales que se requieren para lograr el cambio. Sobre estos temas fundamentales, Marx y Bakunin tenían dos concepciones radicalmente diferentes. Mientras que para Marx el sujeto revolucionario por excelencia era una clase particular, el proletariado fabril, Bakunin se volcaba hacia la «gran muchedumbre del pueblo», el denominado «lumpemproletariado», que estando «casi sin contaminar por la civilización burguesa, lleva en su ser interno y en sus aspiraciones, en todas las necesidades y miserias de su vida colectiva, todas las semillas del socialismo del futuro»¹³⁸. Marx, el comunista, había aprendido que la transformación social requería de condiciones históricas específicas, una organización efectiva y un largo proceso de la formación de la conciencia de clase entre las masas¹³⁹; Bakunin, el anarquista, estaba convencido de que los instintos del pueblo común, de la denominada «masa vulgar» eran «tan invencibles como justos», suficiente por sí mismos «para inaugurar y llevar al triunfo la revolución social»¹⁴⁰.

¹³⁸ M. Bakunin, «The International and Karl Marx», *ibid.*, p. 294.

¹³⁹ La crítica de Marx a las ideas de Bakunin es evidente en su «Conspectus of Bakunin's Statism and Anarchy» (MECW, vol. 24, p. 518): «¡Qué estupidez de escolar! Una revolución social radical se halla sujeta a determinadas condiciones históricas de desarrollo económico; estas son su premisa. Por tanto, solo puede darse allí donde, con la producción capitalista, el proletariado industrial ocupe, por lo menos, una posición importante dentro de la masa del pueblo. [...] El señor Bakunin [...] no comprende nada de la revolución social; solo conoce su fraseología política; para él, no existen las condiciones económicas de esta revolución. Como hasta aquí todas las formas económicas —desarrolladas o no— implicaban la esclavización del trabajador (sea obrero, campesino, etc.), cree que en todas ellas es igualmente posible la revolución radical. Más aún: pretende que la revolución social europea, basada en los fundamentos económicos de la producción capitalista, se lleve a efecto sobre el nivel de los pueblos rusos o eslavos dedicados a la agricultura y al pastoreo y no rebase este nivel [...]. La base de su revolución social es la voluntad y no las condiciones económicas».

¹⁴⁰ M. Bakunin, *op. cit.*, pp. 294-295.

Otro desacuerdo concernía a los instrumentos para conquistar el socialismo. Gran parte de la actividad militante de Bakunin implicaba construir (o fantasear sobre construir) pequeñas «sociedades secretas», en su mayoría de intelectuales, un «Estado Mayor revolucionario compuesto por individuos dedicados, enérgicos, inteligentes y, sobre todo, amigos sinceros»¹⁴¹, quienes prepararán la insurrección y llevarán a cabo la revolución. Sin embargo, Marx creía en la autoemancipación de la clase obrera y estaba convencido de que las sociedades secretas eran incompatibles con «el desarrollo del movimiento proletario porque, en lugar de instruir a los trabajadores, estas sociedades los sometían a leyes autoritarias, místicas, que coartarían su independencia y distorsionarían su pensamiento»¹⁴². El exiliado ruso se oponía a toda acción política, por parte de la clase obrera, que no promoviera directamente la revolución, mientras que el refugiado residente en Londres no desdeñaba las movilizaciones por reformas sociales y objetivos parciales, a la vez que seguía absolutamente convencido de que estas fortalecerían la lucha de la clase obrera para superar al modo capitalista de producción, en lugar de integrarlo al sistema.

Las diferencias no habrían disminuido ni siquiera luego de la revolución. Para Bakunin, «la abolición del Estado [era] la precondición o el acompañamiento necesario de la emancipación económica del proletariado»¹⁴³; para Marx, el Estado no podría

¹⁴¹ M. Bakunin, «Programme and Purpose of the Revolutionary Organization of International Brothers», en A. Lehning (ed.), *Michael Bakunin: Selected Writings*, *ibid.*, p. 155. Su afirmación evidencia el deficiente sentido de la realidad de Bakunin: «Por consiguiente, no debería haber una vasta cantidad de estos individuos. Un centenar de revolucionarios poderosamente y seriamente aliados alcanzan para la organización internacional de toda Europa. Dos o tres centenares de revolucionarios bastan para la mayor organización del país» (*idem*).

¹⁴² K. Marx, «Record of Marx's speech on Secret Societies», en MECW, vol. 22, p. 621.

¹⁴³ M. Bakunin, «Aux compagnons de la Fédération des sections internationales du Jura», en A. Lehning, A. J. C. Rüther, P. Scheibert (eds), *Bakunin-Archiv. Vol. II: Michel Bakounine et les Conflits dans l'Internationale*, *ibid.*, p. 75.

ni debería desaparecer de un día al otro. En su «Indiferentismo político», que apareció en *Almanacco Repubblicano* en diciembre de 1873, desafió la hegemonía de los anarquistas en el movimiento obrero italiano afirmando que:

Si la lucha política de la clase obrera asume formas violentas y si los trabajadores reemplazan la dictadura de la clase burguesas con su propia dictadura revolucionaria, entonces [de acuerdo con Bakunin] serán culpables del terrible crimen de *lèse-principe*; para satisfacer sus miserables y profanas necesidades diarias y para aplastar la resistencia de la clase burguesa, ellos, en lugar de dejar sus armas y abolir al Estado, darán al Estado una forma revolucionaria y transitoria¹⁴⁴.

Sin embargo, se debe reconocer que, a pesar de la negación a veces exasperante de Bakunin a distinguir entre el poder burgués y el proletario, él previó algunos de los peligros del denominado «período transicional» entre el capitalismo y el socialismo —particularmente, el peligro de la degeneración burocrática luego de la revolución—. En su inconcluso *El imperio knutogermánico y la revolución social*, sobre el que trabajó entre 1870 y 1871, escribió:

Pero, en el Estado popular de Marx, se nos dice, no habrá ninguna clase privilegiada. Todos serán iguales, no solo desde el punto de vista jurídico y político, sino también desde el punto de vista económico. [...] No habrá, pues, clases, sino un gobierno y, fijos bien, un gobierno excesivamente complicado, que no se contentará con gobernar y administrar a las masas políticamente, como lo hacen todos los gobiernos actualmente, sino que incluso las administrará económicamente, concentrando en sus manos la producción y la justa distribución de las riquezas, el cultivo de la tierra, el establecimiento y desarrollo de las fábricas, la organización y la dirección del comercio, en fin, la aplicación del capital a la producción por un único banquero, el Estado.

¹⁴⁴ K. Marx, «Political indifferentism», en MECW, vol. 23, p. 393.

[...] Todo esto exigirá una ciencia inmensa y muchas cabezas privilegiadas en este gobierno. Será el reino de la inteligencia científica, el más aristocrático, el más despótico, el más arrogante y el más despectivo de todos los regímenes. Habrá una nueva clase, una jerarquía nueva de sabios reales y ficticios y el mundo se dividirá en una minoría dominante en nombre de la ciencia y una inmensa mayoría ignorante. [...] Todos los Estados, incluso el Estado más republicano y más democrático [...], solo son en su esencia máquinas que gobiernan a las masas desde arriba, a través de una minoría inteligente y, por consiguiente, privilegiada, que supuestamente conoce los intereses genuinos del pueblo mejor que el pueblo mismo¹⁴⁵.

Parcialmente, debido a su limitado conocimiento de la economía, el camino federalista indicado por Bakunin no ofrecía ninguna guía realmente útil sobre cómo había que abordar la cuestión de la futura sociedad socialista. Pero sus visiones críticas ya apuntaban a algunos de los dramas del siglo XX.

XII. DESPUÉS DE MARX: LA INTERNATIONAL «CENTRALISTA» Y LA «AUTONOMISTA»

En 1872, la Internacional nacida en 1864 dejó de existir. La gran organización surgida en 1864, que apoyó con éxito huelgas y luchas durante ocho años, que adoptó un programa anticapitalista y estableció una presencia en todos los países europeos, finalmente implionó en el Congreso de La Haya. No obstante, la historia no terminó con el retiro de Marx, dado que ahora ocupaban el mismo espacio dos agrupamientos, muy reducidos en cuanto a sus dimensiones y sin las antiguas ambición política y capacidad para organizar proyectos. Uno era la mayoría «centralista», proveniente del congreso final, que favorecía una organización bajo la dirección de un Consejo

¹⁴⁵ M. Bakunin, *Marxism, Freedom and the State*, Freedom Press, Londres, 1960, p. 21.

General. El otro era la minoría «autonomista» o «federalista»¹⁴⁶, que reconocía para las secciones una autonomía absoluta en las tomas de decisiones.

En 1872, todavía no había disminuido la fuerza de la Internacional. Desplegando el desarrollo desigual que la había caracterizado en el pasado, su expansión en ciertos países (sobre todo, España e Italia) había compensado su contracción en otros (en Inglaterra, por ejemplo). El desenlace dramático en La Haya había dividido a la organización, haciendo que muchos activistas, especialmente en la facción «centralista», comprendieran que se había cerrado un importante capítulo en la historia del movimiento obrero. Quedaron pocos que sostuvieran al nuevo Consejo General, cuya sede se había transferido a Nueva York. Algunas fuerzas reducidas en Europa se alinearon junto a la Federación Norteamericana, apoyando al nuevo Consejo General en Nueva York: la federación francófona y algunas secciones de habla alemana en Suiza, ambas reforzadas por la iniciativa infatigable de Becker; el Partido Obrero Socialdemócrata Alemán, que le dio su apoyo sin reservas, pero apenas visible; las nuevas secciones austríacas, que, a diferencia de las fantasmagóricas alemanas, realmente reunieron algún dinero procedente de las cuotas de sus afiliados; y las remotas federaciones de Portugal y Dinamarca. Sin embargo, en España, Italia y los Países Bajos, pocos siguieron a los nuevos directivos; en Irlanda, la organización no se había dado un nombre a sí misma; y, hacia 1873, en Francia no quedaba ninguna sección de la Internacional. También estaba Inglaterra, por supuesto, pero, en noviembre de 1872 —debido a conflictos personales que se remontaban a mucho antes del Congreso de La Haya—, el Consejo Federal Inglés se dividió en dos grupos en disputa; cada uno de los cuales alegaba representar a la Internacional en Gran Bretaña. El

¹⁴⁶ En el texto, se ha optado por el término de Internacional «autonomista», como lo utilizó G. Haupt (*L'Internazionale socialista dalla Comune a Lenin, ibid.*, p. 70). Con la posición opuesta, J. Freymond, «Introduction» (PI, III, pág. VIII), prefirió el uso de la expresión de Internacional «federalista».

dirigente de los opositores fue Hales, quien en nombre de dieciséis secciones y con el apoyo de eminentes internacionalistas, como Hermann Jung (1830-1901) y Thomas Motterhead (1825-1884), desconoció al Consejo General en Nueva York y llamó a un nuevo congreso de la Federación Inglesa, que tendría lugar en enero de 1873. Hales y Eccarius realizaron sorprendentes volteretas políticas, pues, aunque eran reformistas por convicción y abogaban por la participación en elecciones —su idea era convertir a la Internacional en un partido político con apoyo sindical que se aliaría con el ala liberal de la burguesía—, oficialmente se alinearon con los abstencionistas dirigidos por Guillaume y Bakunin. Engels respondió a estos acontecimientos con dos circulares que reconocían las decisiones tomadas en La Haya; fueron firmadas por líderes importantes en Mánchester y en el Consejo Federal Inglés «oficial», así como por los conocidos miembros antiguos del Consejo General, Dupont y Friedrich Lessner (1825-1910). El congreso del consejo luego tuvo lugar en junio, pero quienes tomaron parte en él tuvieron que aceptar la amarga verdad de que, ante la partida del Consejo General para Nueva York (a la que todos, incluyendo la prensa, vieron como el fin de la organización), los sindicatos ingleses dejaron de sentirse involucrados¹⁴⁷. Por consiguiente, todo lo que los dos grupos tenían en común fue un rápido deterioro.

El Congreso General de los «centralistas» tuvo lugar en la ciudad que una vez había albergado al Primer Congreso de la Internacional: Ginebra. Gracias a los esfuerzos de Becker, asistieron treinta delegados —incluyendo (por primera vez) a dos mujeres—. Pero quince de estos eran de la propia Ginebra y la representación de secciones de otros países estaba limitada a dos alemanes¹⁴⁸. En vista del clima de desmovilización en Europa, el Consejo General decidió no enviar a un representante desde Nueva York y ni siquiera Serrailleur, el hombre nombrado por la Federación Inglesa, hizo el viaje. De hecho, este fue el fin de la Internacional «centralista».

¹⁴⁷ Véase H. Collins y Ch. Abramsky, *op. cit.*, p. 275.

¹⁴⁸ Véase PI, IV, n. 355, pp. 640-642.

Al otro lado del Atlántico, donde Sorge estaba esforzándose por mantener viva la llama, la Federación Norteamericana estaba al borde del colapso. Su situación financiera, que empeoraba con la declinación en la membresía a menos de mil (pocos de los cuales pagaban sus cuotas), hizo que hasta la compra de estampillas de correo fuera un asunto difícil. Incluso la calidad de sus documentos oficiales, que a veces tenían errores de ortografía, era mísera, ya que faltaban dirigentes que pudiesen escribir correctamente en inglés y francés. Reducida a cuestiones que solo concernían a los Estados Unidos, se encontró con que los trabajadores alternaban entre actitudes de hostilidad e indiferencia, incluso en respuesta al *Manifiesto al pueblo trabajador de Norteamérica*¹⁴⁹ que se emitió en noviembre de 1873. Como consecuencia de una mayor disminución de los afiliados, Sorge finalmente renunció como secretario general y, desde entonces, los dos años y medio de historia restantes, fueron poco más que la crónica de una muerte anunciada. La disolución final llegó el 15 de julio de 1876, cuando diez delegados que representaban a seiscientos treinta y cinco miembros¹⁵⁰ reunidos en Filadelfia, antes de ir apresuradamente al congreso fundacional del Partido de los Trabajadores de los Estados Unidos, planeado para que coincidiera con la primera feria mundial de EE. UU., la Centennial Exhibition.

Aunque la organización «centralista» solo continuó operando por un corto tiempo en un par de países y no hizo ninguna contribución adicional al desarrollo de la teoría, los «autonomistas», por el otro lado, tuvieron una existencia real y activa en los años siguientes. En el Congreso de Saint-Imier, al que asistieron suizos, italianos, españoles y franceses, se estableció que «nadie tiene el derecho de privar a las federaciones y secciones autónomas del derecho indisputable a determinar para sí mismos y seguir la línea de conducta política en la Internacional que subyace al ofrecimiento de un “pacto de amistad, solidaridad y defensa mutua”».

¹⁴⁹ Véase S. Bernstein, *op. cit.*, p. 221.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 283.

Esta posición era obra de Guillaume. A diferencia de Bakunin, quien habría preferido algo más intransigente, el más joven pero más prudente activista suizo tenía sus miras en la expansión de su apoyo más allá del Jura, España e Italia y en ganar sobre todas las otras federaciones opuestas a la línea de Londres¹⁵¹. Triunfaron sus tácticas. El nacimiento de una nueva Internacional sería preparado cuidadosamente, sin forzar las cosas mediante declaraciones altisonantes.

Durante los siguientes meses llegaron nuevas afiliaciones, una tras otra. El baluarte autonomista siguió siendo España, donde las persecuciones lanzadas por Práxedes Mateo Sagasta (1825-1903) no lograron impedir que floreciera la organización. Su Congreso Federal en Córdoba, reunido entre diciembre de 1872 y enero de 1873, fotografió una organización en rigurosa expansión. Este congreso tuvo unas cincuenta federaciones que comprendían más de trecientas secciones, con una membresía total de más de veinticinco mil afiliados (siete mil quinientos en Barcelona)¹⁵². Desde fines de 1872, los autonomistas también ampliaron su apoyo en nuevos países. En diciembre, el Congreso de Bruselas de la Federación Belga declaró nulas y sin valor las resoluciones de La Haya; se rehusó a reconocer el Consejo General en Nueva York y agregó su firma al Pacto de Saint-Imier¹⁵³. En enero de 1873, los rebeldes ingleses, encabezados por Hales y Eccarius, siguieron el ejemplo y la federación holandesa se unió a ellos al mes siguiente¹⁵⁴.

¹⁵¹ Véase A. Lehning, «Introduction», en A. Lehning, A. J. C. Rüther y P. Scheibert (eds.), *Bakunin-Archiv. Vol. II: Michael Bakounine et les Conflits dans l'Internationale*, *ibid.*, p. LII. Lehning también citó un comentario del manuscrito de Max Nettlau, *Michael Bakunin: eine Biographie* (más tarde impreso por Feltrinelli, Milán, 1971): «The autonomist International was the Work of Guillaume», en A. Lehning, p. LXII.

¹⁵² Véase Max Nettlau, *La Première Internationale en Espagne*, D. Reidel, Dordrecht, 1969, pp. 163-164.

¹⁵³ Véase PI, III, p. 163

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 191.

Aunque los autonomistas —que también habían conservado contactos en Francia, Austria y los Estados Unidos— se convirtieron en mayoría de una nueva Internacional, esta coalición en realidad era un conglomerado muy diverso de las doctrinas más variadas. Incluía a los anarcocolectivistas suizos, encabezados por Guillaume y Schwitzgébel (Bakunin se retiró de la vida pública en 1873 y falleció en 1876); a la federación belga, bajo la dirección de De Paepe, autor de un tipo de socialismo en el que el Estado popular debía adquirir mayores poderes y competencias, comenzando con la administración de todos los servicios públicos; a los italianos, cada vez más radicales, que finalmente adoptaron posiciones insurreccionales (la «propaganda de los hechos»), condenados al fracaso; y a los ingleses, que abogaban por la participación en las elecciones y una alianza con las fuerzas burguesas progresistas. En 1874, se establecieron incluso contactos con los lassalleanos de la Asociación General de Trabajadores Alemanes.

El escenario descrito demuestra que el principal antagonismo que condujo a la división en el Congreso de La Haya no fue entre un grupo preparado para establecer acuerdos con el Estado y un partido intransigente, más inclinado a la revolución, ni entre quienes proponían la acción política y quienes se oponían a ella. Más bien, la principal causa para la oposición radical y generalizada al Consejo General fue el giro apresurado en la Conferencia de Londres en 1871. Las federaciones del Jura y la española, y luego la recién formada federación italiana, jamás habrían aceptado el llamado de Marx a construir partidos políticos obreros: ante todo, las condiciones socioeconómicas en esos países lo hacían inconcebible. Sin embargo, un enfoque más cuidadoso podría haber mantenido el apoyo de los belgas —quienes durante varios años habían sido fundamentales para mantener el equilibrio en la Asociación— y otras federaciones recientemente formadas, como la holandesa. Un nivel más bajo del conflicto interno podría haber evitado la división en Inglaterra, que tenía más que ver con choques de personalidades que con desacuerdos sobre la política. Y, como algunos autonomistas habían previsto, el desplazamiento del Consejo General a Nueva York los dejó

con mayor alcance político y los ayudó a afirmarse luego de 1872. Esto no quita, sin embargo, que, en opinión de Marx, la «Primera» Internacional hubiera completado su tarea histórica y hubiese llegado el momento de bajar el telón.

En el «primer» congreso de los autonomistas —o, como ellos decían, el «sexto congreso», contando los cinco de la Internacional, en la medida en que se consideraban los legítimos continuadores de la organización— asistieron treinta y dos delegados, de Bélgica, España, Francia, Italia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza. Tuvo lugar en Ginebra del 1 al 6 de septiembre de 1873, una semana antes que el congreso de los centralistas, y declaró que inauguraba una «nueva era en la Internacional»¹⁵⁵. Se decidió por unanimidad abolir al Consejo General y, por primera vez en un congreso de la Internacional, hubo un debate sobre la sociedad anarquista¹⁵⁶. El arsenal teórico-político de los internacionalistas también estaba enriquecido por la idea de la huelga general como un arma para lograr la revolución social. Se habían establecido así las bases para lo que pasó a ser conocido como anarcosindicalismo¹⁵⁷.

El siguiente congreso, que tuvo lugar en Bruselas del 7 al 13 de septiembre de 1874, reunió a dieciséis delegados: uno de Inglaterra (Eccarius), uno de España y el resto de Bélgica. De estos últimos catorce, dos tenían el mandato de una sección francesa (París) y otra italiana (Palermo), mientras otros dos eran alemanes lassalleanos, residentes en esa época en Bélgica. Guillaume afirma que uno de estos, Karl Frohme (1850-1933), en realidad representaba a la Asociación General de Trabajadores Alema-

¹⁵⁵ Véase PI, IV, p. 5.

¹⁵⁶ *Ibid.*, pp. 54-58. Fue notable la posición que tomó Hales, reflejando las contradicciones presentes en la Internacional autonomista desde el comienzo: «Me opongo a la anarquía [...]. La anarquía es incompatible con el colectivismo».

¹⁵⁷ Véase el debate entre los delegados que tuvo lugar durante las sesiones del 4 de septiembre de 1873, en PI, IV, pp. 59-63 y 75-77. Cf. también Eugène Hins (1839-1923), documento 18.

nes. Pero a pesar del hecho de que los anarquistas y los lassalleanos eran polos apartes en el mapa del socialismo, Guillaume explicó su presencia haciendo referencia a las nuevas reglas aprobadas por el Congreso de Ginebra en 1873, bajo las cuales los trabajadores de todos los países podían elegir los mejores medios de lograr su emancipación¹⁵⁸. De todos modos, la Internacional se había convertido, en buena medida, en un lugar en el que una cantidad cada vez menor (y cada vez menos representativa) de dirigentes se reunían para llevar a cabo debates abstractos, en vez de discutir sobre las condiciones materiales de los trabajadores y la acción que se requiere para cambiarlas. El debate de 1874 fue entre el anarquismo y el Estado popular, y De Paepe, que regresaba luego de tres años a un congreso de la Internacional, fue el principal protagonista. En una de sus intervenciones, afirmó que «en España, en partes de Italia y en el Jura, ellos son proanarquistas, [mientras que] en Alemania, los Países Bajos, Inglaterra y Norteamérica, ellos están a favor de un Estado obrero (con Bélgica todavía fluctuando entre los dos)»¹⁵⁹. Nuevamente, no se tomó ninguna decisión colectiva y el congreso aprobó por unanimidad que correspondería a «cada federación y partido socialista democrático en cada país decidir qué línea política considera que debe seguir»¹⁶⁰.

La discusión en el Octavo Congreso, llevado a cabo en Berna entre el 26 y el 30 de octubre de 1876, siguió las mismas líneas. Hubo veintiocho delegados, incluyendo a diecinueve suizos (diecisiete de la Federación del Jura), cuatro de Italia, dos de España y dos de Francia, y De Paepe, en representación de Bélgica y los Países Bajos. Las deliberaciones mostraron la total incompatibilidad entre las posiciones de De Paepe y Guillaume¹⁶¹, pero finalizaron estableciendo un acuerdo sobre una propuesta de la

¹⁵⁸ Véase PI, IV, p. 646.

¹⁵⁹ César de Paepe, 7 de septiembre de 1874, en PI, IV, p. 347.

¹⁶⁰ PI, IV, p. 350.

¹⁶¹ Véanse documento 40 [Sobre la abolición del Estado], *infra*, pp. 323 y ss.; y documento 41 [Sobre el Estado popular] (*Völkstaat*), *infra*, pp. 325 y ss.

Federación Belga para convocar un congreso socialista mundial que tendría lugar el año siguiente, al que debían ser invitadas «todas las fracciones de los partidos socialistas de Europa»¹⁶².

Antes de que ello ocurriera, sin embargo, se celebró en Verviers, entre 6 y el 8 de septiembre de 1877, el último congreso de la Internacional. Reunió veintidós delegados: trece de Bélgica y de España, dos en cada caso por Italia, Francia y Alemania, y Guillaume en representación de la Federación del Jura. También hubo tres observadores de grupos socialistas con una función puramente consultiva —uno era Peter Kropotkin (1842-1921), quien más tarde sería el padre fundador del anarcocomunismo—; pero los únicos participantes activos eran anarquistas, incluyendo a algunos que, como el italiano Andrea Costa (1851-1910), poco después pasarían al socialismo. Así también la Internacional autonomista, que había conservado raíces masivas solo en España, había llegado a su fin. Su perspectiva fue superada por una creciente comprensión, en todo el movimiento obrero europeo, de que era crucialmente importante participar en la lucha política por medio de partidos organizados. Con el fin de la experiencia autonomista, los anarquistas y los socialistas también se separaron definitivamente.

XIII. LA NUEVA INTERNACIONAL

Del 9 al 16 de septiembre de 1877, en la ciudad de Gante, en Bélgica, se reunió el Congreso Socialista Universal, donde hubo más países representados que en cualquier otro evento anterior comparable a él. Unos tres mil trabajadores dieron la bienvenida a delegados de nueve países (Francia, Alemania, Suiza, Inglaterra, España, Italia, Hungría, Rusia y Bélgica), algunos de los cuales llevaban adicionalmente el mandato de una organización de otro país (Dinamarca, los Estados Unidos y, por primera vez, grupos obreros en Grecia y Egipto). Los animadores del evento fueron los líderes históricos de la Internacional, como De Paepe

¹⁶² PI, IV, p. 498.

y Liebknecht. También asistieron Frankel, Guillaume, Hales y otros, lo que testimoniaba la importancia que la organización había tenido en la formación de dirigentes de toda una generación del movimiento obrero europeo.

En el *Manifiesto a las organizaciones y sociedades obreras en todos los países* con el que se cerró el congreso, y que fue escrito por De Paepe y el jovencísimo Louis Bertrand (1856-1943), el congreso pidió el establecimiento de una «Unión General del Partido Socialista». Y una gran mayoría también firmó un «pacto»:

Considerando que la emancipación social es inseparable de la emancipación política, el Congreso declara que el proletariado, organizado como partido distinto, opuesto a todos los otros partidos formados por las clases poseedoras, debe emplear todos los medios políticos tendientes a promover la liberación social de sus miembros; y considerando que la lucha contra el dominio de las clases poseedoras debe ser mundial en cuanto a su alcance y no simplemente local o nacional, y el éxito en esta lucha dependerá de la unidad armoniosa y unida por parte de las organizaciones en diferentes países, los delegados firmantes al Congreso Socialista Universal en Gante deciden que a las organizaciones que representan les incumbe proporcionarse mutuamente el apoyo material y moral en todas sus esfuerzos industriales y políticos.

Seis años después de la Conferencia de 1871, las tesis de Gante confirmaron la revancha de Marx, cuya única responsabilidad había sido la de adelantarse a su tiempo. Pues el mismo documento afirmaba:

Recomendamos la necesidad de la acción política como un poderoso medio de agitación, propaganda, educación popular y asociación. La actual organización de la sociedad debe ser combatida en todos los aspectos a la vez y con todos los medios a nuestra disposición. [...] El socialismo no debe ser solamente una especulación teórica sobre la posible organización de la sociedad futura; debe ser real y vivo, debe estar implicado en las

aspiraciones reales, las necesidades inmediatas y las luchas cotidianas de la clase proletaria en contra de quienes controlan el capital social tanto como el poder social.

Arrebatarse un derecho político a la burguesía, organizar a los trabajadores anteriormente aislados en una asociación, obtener una reducción de las horas de trabajo mediante la acción huelguista o las sociedades de resistencia: todo esto significa trabajar para construir una nueva sociedad y tomar parte en las exploraciones actuales orientadas a las disposiciones futuras.

¡Que los trabajadores aún no asociados se organicen y formen asociaciones! ¡Que los que están organizados solamente al nivel de la economía desciendan a la arena política; allí hallarán a los mismos adversarios y la misma batalla, y toda victoria que se consiga en uno de esos niveles señalará un triunfo en el otro!

¡Que la clase desheredada en cada nación se forme en un vasto partido distinto de todos los partidos burgueses y que este partido social marche de la mano con los de otros países!

¡Para reclamar todos vuestros derechos, abolir todos los privilegios, trabajadores del mundo, uníos!¹⁶³

En décadas posteriores, el movimiento obrero adoptó un programa socialista, se expandió por toda Europa y luego en el resto del mundo, y construyó nuevas estructuras de coordinación supranacional. Además de la continuidad de los nombres (la Segunda Internacional desde 1889 hasta 1916, la Tercera Internacional desde 1919 hasta 1943), cada una de estas estructuras se refirió constantemente a los valores y doctrinas de la Primera Internacional. De este modo, su mensaje revolucionario resultó ser extraordinario y produjo, con el correr del tiempo, resultados aún mayores que los logrados durante su existencia.

¹⁶³ C. de Paepe y Louis Bertrand, «Manifeste aux Organizations ouvrières et Sociétés de tous les pays», en PI, IV, pp. 591-593.

La Internacional imprimió, en la conciencia de los trabajadores, la convicción de que la emancipación del trabajo respecto de las garras del capital no se podría conquistar en un solo país, sino que era un objetivo global. También propagó en sus filas la conciencia de que ellos mismos tenían que lograr el objetivo a través de su capacidad de organización, en lugar de delegarlo en alguna otra fuerza; y que —aquí la contribución teórica de Marx fue fundamental— era esencial superar el modo capitalista de producción y el trabajo asalariado, ya que las mejoras dentro del sistema existente, aunque era necesario emprenderlas, no eliminarían la dependencia respecto de las oligarquías de los empleadores.

Un abismo separa las esperanzas de aquellos tiempos de la desconfianza tan característica del nuestro; el espíritu antisistémico y la solidaridad de la época de la Internacional, de la subordinación ideológica y el individualismo de un mundo reconfigurado por la competencia y la privatización neoliberales. La pasión por la política, en los trabajadores que se reunieron en Londres en 1864, contrasta agudamente con la apatía y la resignación que prevalecen hoy.

Sin embargo, en la medida en que el mundo del trabajo ha estado retornando a condiciones de explotación similares a las del siglo XIX, el proyecto de la Internacional ha adquirido nuevamente una extraordinaria actualidad. En cada injusticia social, en cada lugar donde son pisoteados los derechos de los trabajadores y las trabajadoras, germina la semilla de la nueva Internacional.

Hoy, la barbarie del «orden mundial», los desastres ecológicos producidos por el modo actual de producción, la creciente brecha entre la minoría de explotadores acaudalados y la inmensa mayoría empobrecida, la opresión de las mujeres y los tempestuosos vientos de la guerra, el racismo y el chauvinismo, imponen sobre el movimiento obrero contemporáneo la urgente necesidad de reorganizarse sobre la base de dos características fundamentales de la Internacional: la multiplicidad de su estructura y el radica-

lismo de sus objetivos. Las metas de la organización, fundada en Londres hace ciento cincuenta años, son más vitales que nunca. Sin embargo, para hacer frente a los desafíos del presente, la nueva Internacional no puede eludir estas dos exigencias: debe ser plural y debe ser anticapitalista.

XIV. APÉNDICE. LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES: LÍNEA DEL TIEMPO Y MEMBRESÍAS

La primera parte de este apéndice detalla, en orden cronológico, todos los congresos y conferencias de la Internacional: los unitarios desde la fundación en 1864 hasta la ruptura en el Congreso de La Haya en 1872; luego, los congresos separados, «autonomistas» y «centralistas», a partir de 1873.

La segunda parte es un cuadro que contiene los datos de miembros de la Internacional en diversos países. Las informaciones acerca del tamaño real son muy inciertas, a causa de un contexto extremadamente heterogéneo. Por varias razones, es imposible establecer cifras precisas: (I) solo una pequeña cantidad de organizaciones del movimiento obrero de la época —sobre todo, los sindicatos ingleses y los partidos socialistas alemanes— llevaban una contabilidad exacta; (II) los trabajadores, en su mayoría, se unían a la Internacional no sobre una base individual, sino a través de la afiliación de sindicatos y otros organismos colectivos (por ejemplo, las sociedades de resistencia), lo que hacía imposible un conteo preciso, y (III) la Internacional fue ilegal durante algunas épocas en varios países, haciendo especialmente difícil evaluar su tamaño.

Es por eso quizás que —a excepción de la invaluable obra colectiva *La Première Internationale: l'institute, l'implantation, le rayonnement* (Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1968)— ninguno de los muchos libros sobre la Internacional se ha aventurado a calcular su membresía total. Si nos ha parecido útil intentar esto aquí, corriendo el riesgo de alguna aproximación e impre-

cisión, esto ha sido, en buena medida, debido a que la mayoría de las publicaciones en el pasado se manejaron mucho con cifras excesivas que crearon una imagen errónea de la realidad.

La tabla se divide en tres columnas. La primera columna del cuadro enumera —en orden cronológico de fundación— los países en los que estuvo presente la Internacional. No incluye a Australia, Nueva Zelanda o la India, por ejemplo, donde solo tuvo esporádicos contactos con pequeños grupos de trabajadores. Tampoco cubre a Rusia, dado que la Internacional nunca consiguió penetrar en ese país (aunque algunos exiliados fundaron un círculo en Suiza). La segunda columna presenta los años en los que la organización llegó a su nivel más alto en los respectivos países, mientras que la tercera ofrece una cifra aproximada para el tamaño de su membresía. Estos totales han sido calculados a partir de los estudios en *La Première Internationale: l'institute, l'implantation, le rayonnement* y de otras monografías listadas en la bibliografía al final de este libro.

LÍNEA DE TIEMPO

Conferencias y Congresos (1864-1872)

CONFERENCIA DE LONDRES. 25-29 de septiembre de 1865.

I CONGRESO. GINEBRA, 3-8 de septiembre de 1866.

II CONGRESO. Lausana, 2-8 de septiembre de 1867.

III CONGRESO. Bruselas, 6-13 de septiembre de 1868.

IV CONGRESO. Basilea, 6-12 de septiembre de 1869.

CONFERENCIA DE DELEGADOS DE LONDRES. 17-23 de septiembre de 1871.

V CONGRESO. La Haya, 2-7 de septiembre de 1872.

La Internacional «autonomista»

VI CONGRESO. Ginebra, 1-6 de septiembre de 1873.

VII CONGRESO. Bruselas, 7-13 de septiembre de 1874.

VIII CONGRESO. Berna, 26-30 de octubre de 1876.

IX CONGRESO. Verviers, 6-8 de septiembre de 1877.

La Internacional «centralista»

VI CONGRESO. GINEBRA, 7-13 de septiembre de 1873.

CONFERENCIA DE DELEGADOS DE FILADELFIA. 15 de julio de 1876.

CUADRO DE MEMBRESÍA

PAÍS	AÑO CUM- BRE	MEMBRESÍA
Inglaterra	1867	50 000
Suiza	1870	6000
Francia	1871	Más de 30 000
Bélgica	1871	Más de 30 000
EE. UU.	1872	4000
Alemania	1870	11 000 (incluyendo a los miembros del Partido Obrero Socialdemócrata)
España	1873	Unos 30 000
Italia	1873	Unos 25 000
P a í s e s Bajos	1872	Menos de 1000
Dinamar- ca	1872	Un par de miles
Portugal	1872	Menos de 1000
Irlanda	1872	Menos de 1000
Austria/ Hungría	1872	Un par de miles